

alencia
eral

ig.

0

Diaz, Anty.
IV 50

sus vasallos. En todos tiempos los Censores han dicho con noble fortaleza á los Emperadores lo que han creido mas conveniente para el bien del Estado: los buenos Príncipes se han aprovechado de estos consejos; los tiranos los han despreciado, ó los han castigado de muerte. Pero entónces toda la nacion ha mostrado sentimiento por la desgracia de sus generosos defensores; y el respeto que ha manifestado á estos padres de la patria, el dolor que ha mostrado por tan injustos castigos, y los nombres gloriosos que les ha tributado, los ha recompensado abundantemente de su desgracia. De aqui es que se ha visto á estos ilustres Magistrados dar repetidas pruebas de su valor y grandeza de ánimo. Quando lo exíge el interés del Imperio, no respetan á Grandes ni Mandarines, por mas favorecidos que sean del Monarca. El amor de la gloria y de su obligacion prevalecen á todas las demas consideraciones; y quando se trata de cumplir con su officio, no temen los destierros ni la muerte. Los Anales de la China nos ofrecen varios exemplos de esta heroycidad, de los quales no contaré mas que uno. Doce Mandarines resolvieron descubrir al Emperador Li-Siang el odio que su crueldad habia inspirado en los Chinos: el que se encargó de esta comision, fué serrado por medio del cuerpo de orden del tirano: el segundo fue

R 2



puesto en un tormento, y padeció la muerte mas cruel: el tercero no fué ménos intrepido, y el mismo Emperador le mató á puñaladas. En una palabra, solo uno se escapó de su furor, aunque mostró igual fortaleza: entró en palacio, llevando en las manos los instrumentos de su suplicio: „Ved aquí, Señor, dixo al Príncipe, el fruto que sacan de su zelo vuestros fieles servidores; vengo á buscar mi premio.” El Emperador sorprendido de su valor, le perdonó, y reformó su conducta.

„Jamás se ha visto que el Tribunal de los Censores haya desistido de sus pesquisas, quando las ha creido conformes con la equidad y con las reglas de un sábio gobierno. ¿Y será posible que un Soberano, que mantiene este Tribunal, exerza un poder arbitrario? El prescribe las leyes, pero nada hace sin consultar á personas instruidas. Divide con ellas los cuidados penosos del gobierno; se informa de todos los asuntos, le presentan memoriales ya pidiendole gracias, ya quejándose de las vexâciones, ya advirtiéndole sus propias faltas. En suma, de todas las formas de gobierno que se nos han conservado de la antigüedad, no conozco otro mas perfecto que el de la China.”

Ya creo, Señora, que estareis fastidiada de oír delirar con un tono tan magistral: pero lo que mas extraño es la inadverten-

cia de estos ciegos Panegiristas, que en sus mismas declamaciones ofrecen suficiente materia para refutarlos. El Emperador de la China, dicen, no es despótico, porque hay muchas leyes que protegen la vida y bienes de los vasallos, ¿y de qué sirven estas leyes, si basta el capricho del Emperador para quitar la vida y despojar de sus bienes al que se le antoja, como vemos en el exemplo que refieren del Emperador Ti-Siang, y en otros infinitos? Pero el pueblo detesta de estos tiranos: ¿y qué les importa que los aborrezcan, siempre que les dexen satisfacer todos sus caprichos? *Oderint dum metuant*, teman y mas que aborrezcan, ha sido siempre la divisa de los tiranos. Al contrario, los Soberanos de una Monarquía justa y legítima como la nuestra, y las mas de Europa, fundan toda su felicidad en el bien de sus vasallos, y solo aspiran á hacerse amar, que es la vasa firme del trono, y el lazo mas indisoluble que estrecha á los vasallos con su Príncipe. ¿Y cómo podrán los Chinos amar á un Emperador á quien no conocen, que quando sale en público vá esparciendo el terror por todas partes, á quien no se puede mirar sin sacrilegio, de cuya vista y presencia es preciso huir como de una fiera devoradora? Nuestros Monarcas, cuya autoridad derivada de Dios se funda en la justicia y en el amor de sus vasallos, no nece-

sitan del rídículo Tribunal de los Censores, pues tienen Ministros, Tribunales, Magistrados, á quienes consultan para todas sus operaciones; y las justas leyes que juran observar, son la norma de todas sus providencias. Como no hay persona á quien puedan temer, á nadie aborrecen, y por consiguiente cesa todo motivo para que se arrojen á los excesos y atrocidades que nos refieren de los Emperadores de la China sus mismos Panegiristas, y de los quales abusos no hallareis exemplar en nuestra historia. Nosotros no solo respetamos la autoridad Real, como una emanacion de la Divina, sino que amamos á la persona del Rey, y por ella sacrificariamos nuestras vidas: muy al contrario los Chinos dan culto divino á su Emperador, cuyo nombre apenas conocen, por un puro temor servil, pero miran con la mayor indiferencia su persona. De infinitos exemplares de la Historia China, que pudiera citaros en comprobacion de esta total indiferencia de los Chinos para con sus Emperadores, basta considerar que setenta mil Tártaros conquistaron á mediados del siglo pasado todo aquel Imperio, cuya poblacion, dicen, ascendia á doscientos millones de almas, con mas facilidad que en Europa se toma una plaza. Toda esta infinita multitud de Chinos se mantuvo tranquila espectadora de esta catastrophe: fueron

muy pocos los que hicieron una corta resistencia: los mismos Chinos contribuyeron á acelerar la ruina de la dinastía reynante, sublevándose en gran número contra su Emperador, al qual no quedó mas recurso que ahorcarse. Las últimas palabras que dexó escritas en su manto, prueban la inutilidad del ponderado Tribunal de los Censores, pues en ellas manifestó que toda su desgracia provenia de no haberle avisado sus Ministros del estado en que se hallaba su Imperio. Con estas breves advertencias podeis ya hacer juicio del crédito que se debe dar á los desmesurados elogios que hacen muchos escritores del gobierno de la China; con igual crítica debeis exâminar todo lo siguiente, que me han referido los Misioneros.

El Emperador es árbitro para imponer todos los tributos que le parecen convenientes; pero rara vez usa de todo su poder, sino en los casos de urgente necesidad. Apenas hay año en que no se exîma á alguna provincia de pagar los tributos, lo qual sucede quando las carestias y hambres que son muy freqüentes en la China, las dexan desoladas.

El Emperador es absoluto en la administracion de las rentas, y en la distribucion de los empleos, nombrando y depouiendo á su arbitrio á los Virreyes y Go-

bernadores. Por lo que hace á su sucesion, es hereditaria, pero no sucede siempre el primogénito, sino que entre todos sus hijos elige al que le parece. Le declara por Príncipe hereditario, y desde este punto goza de unos honores y prerogativas muy superiores á sus hermanos. Tambien puede el Emperador variar en su eleccion, quitando el nombramiento al Príncipe hereditario, y eligiendo otro, como sucedió en el Reynado de Cang-Hi. Ha sucedido tambien, que no hallando el Emperador en su familia persona que le pareciese digna del Trono, eligió por sucesor á un extraño. Esta arbitrariedad en un asunto de tanta importancia es preciso que acarree los mayores disturbios en lo interior del palacio, dando lugar á las intrigas, calumnias, delitos &c. y si esto no ocasiona revoluciones y trastornos en todo el Imperio, es prueba manifiesta de la sumia indiferencia con que miran los Chinos el ser mandados por un hombre de mérito, ó por un intrigante incapáz de gobernarlos bien.

Los Príncipes de la Sangre Imperial no tienen ningun derecho á los títulos y honores, sin orden expresa del Emperador: los que tienen la desgracia de no agradarle para obtener estos honores, no se distinguen mas que por el cingulo amarillo, que es la insignia de la Sangre Imperial en ambos sexos. Este color se tiene aquí por sagrado, y el

que le lleva, es venerado por todas partes; dicen que han preferido á los otros colores, porque el amarillo es emblema del sol, al qual se compara el Emperador. Á los Principes de la Sangre se les señala una renta para su subsistencia; pero el público no hace caso de ellos: el Imperio está lleno de una infinidad de estos Principes, que descenden de alguna antigua dinastía, y se les reconoce por el cíngulo amarillo. Su crecido número los hace despreciables, y hay algunos tan pobres, que se han visto precisados á servir á los Misioneros. Á ninguna persona de esta clase se permite pasar una noche fuera de la capital, sin licencia del Emperador, y les está prohibido visitarse unos á otros.

La nobleza no es hereditaria en la China sino en la familia Imperial, y en la de Confucio. El hijo del que ha poseído las mas altas dignidades, queda confundido entre la plebe, si él mismo no se distingue por su mérito propio: hereda los bienes, pero no los honores de su padre. Quando el Emperador hace noble á una persona, extiende á veces esta prerogativa á sus antepasados hasta cierto número de generaciones. Quando el P. Werbiest, Jesuita Flamenco, fue hecho Presidente del Tribunal de Matemáticas, y declarado por *grande hombre* por decreto del Emperador

al mismo tiempo le dieron executoria de nobleza para sus padres y abuelos. Los Misioneros fueron considerados como hermanos suyos, y por este título gozaron de los privilegios de la nobleza. El Emperador escribiendo al padre del Jesuita Schall, le llamaba *hombre de rara piedad*, y á su madre *matrona de ilustre santidad*: su abuelo, que probablemente ya no viviria á la sazón, fue nombrado Presidente del Tribunal de Matemáticas. El mismo Príncipe, hablando de la abuela, dixo, „que desearia tener un lugar propio en donde pudiese honrarla siempre segun sus méritos con el sacrificio del incienso.”

El Emperador de la China, como cabeza de la religion, puede hacer santos á todos los que le parece, y principalmente á los que se han distinguido por algun servicio. Puede tambien hacer dioses, érigirles templos, y precisar al pueblo á que los adore. En fin, su autoridad prevalece sobre todos los usos y costumbres, porque puede á su arbitrio mudar los nombres de las ciudades y provincias, el de las familias, prohibir que se usen ciertas palabras y expresiones de la lengua, restablecer las antiquadas &c., por lo qual creemos nosotros que no está sujeto á ninguna autoridad.

La veneracion que los Chinos tienen á

su Príncipe corresponde á la grandeza de su poder. Solamente á los Señores de su comitiva ordinaria se permite estar en pie en su presencia, y aun estos mismos tienen que doblar la rodilla quando le hablan. Quando cae enfermo, todas las clases del estado se reúnen en un patio espacioso del palacio, y sin cuidarse del rigor de la estacion, pasan allí los dias y las noches de rodillas, haciendo ostentacion de su dolor. Todo el Imperio afecta el mismo sentimiento, como si su pérdida fuese el mayor mal que les pudiese suceder. Si muere, no se dice que ha muerto, porque esta expresion no tiene la pompa necesaria; es menester decir, que *una gran montaña ha caido; que un nuevo huésped ha entrado en el cielo.*

No me detendré en hacer una larga descripcion del aparato con que este Emperador sale en público, pues ya se dexa discurrir que un Monarca tan poderoso en la nacion de mas fausto de todo el universo, empleará toda la pompa imaginable, y se presentará con todo el luxo de los Soberanos Orientales. Su vestido es de terciopelo amarillo, bordado de gran multitud de dragones con cinco uñas en cada mano: dos grandes dragones enlazados ocupan el espacio del pecho: el bonete, el cíngulo, y los boteguies son muy precio-

sos. Su equipage, sus armas, los jaeces de sus caballos, los parasoles, los abanicos, todo lo que le rodea es en extremo brillante, y su comitiva se compone de la flor de la nacion, esto es, de los Príncipes, Ministros, Mandarines, y Magistrados.

Hay en Pekin seis Tribunales supremos, que tienen baxo su inspeccion una infinidad de otros inferiores. El primero vela sobre la conducta de todos los Magistrados, y avisa al Monarca de todas las vacantes de Mandarines, para que las provea sin detencion: el segundo cuida de la administracion de las rentas: el tercero es el Tribunal de los ritos, cuya comision es cuidar de la observancia de las ceremonias y usos, de los sacrificios, de la recepcion de los Embaxadores, de las fiestas, de las artes, de los negocios estrangeros &c.: el quarto está encargado de la guerra, y manda en las tropas y en sus Comandantes: el quinto trata de los asuntos criminales: el sexto tiene la Superintendencia de los palacios Reales, de los puentes, caminos, calzadas, templos, arcos triunfales, diques; en una palabra, de todas las obras públicas, y de la marina. Cada uno de estos Tribunales tiene su Presidente, con dos Asesores, y se subdividen en varias Cámaras, compuestas tambien de doce Consejeros, y un Presidente. Se cuen-

tan hasta quarenta ó cincuenta Tribunales subalternos. Este era el estado de estos Magistrados ántes de la última revolucion; pero despues de la conquista de los Tártaros Mantcheus, se ha duplicado el número de los Consejeros, poniendo en cada Tribunal tantos Tártaros como Chinos. Este fue un rasgo muy fino de política de parte del Conquistador para introducir á los suyos en el manejo del gobierno de los Chinos, sin disgustar á éstos.

Los seis Tribunales supremos de Pekin están subordinados al Consejo aúlico del Emperador, compuesto de los Príncipes de la Sangre, de los Ministros y de los Mandarines de la primera clase. El Emperador le preside en persona, y en su defecto el primer Ministro del Estado. En él se sentencian todas las causas de apelacion, se exáminan los negocios de mas importancia, y el Monarca resuelve definitivamente. Este Tribunal supremo se llama el *Consejo de dentro*, porque se tiene en lo interior del palacio.

Todo se gobierna en la China por medio de estos diferentes Tribunales, sin que sea permitido acudir directamente al Soberano. En tiempo de los últimos Emperadores Chinos, estos Tribunales eran tan absolutos, que en muchas ocasiones el mismo Monarca no se atrevia á oponerse á sus

decretos : pero despues que ocuparon el trono los Tártaros , se ha templado su autoridad ; y una prueba de ello es la libertad que se ha permitido al culto de varias religiones estrangeras , á pesar de las representaciones de los Ministros , y de los antiguos estatutos del Tribunal de ritos.

Para impedir que estos cuerpos tan poderosos tramen algun proyecto contra la Soberanía , las materias de sus jurisdicciones se hallan divididas de tal suerte , que unos no pueden hacer nada sin los otros : no hay negocio de alguna importancia que no sea de la inspeccion de muchos de estos Tribunales á un mismo tiempo , y á veces de todos ellos : ademas en cada Tribunal hay un Inspector ó Zelador puesto por el Príncipe para informarle de todo lo que pasa : éste no tiene voto deliberativo , pero asiste á todas las juntas , y su obligacion es dar parte al Emperador de lo que observa.

Con igual severidad se yela sobre la conducta de los Gobernadores y Magistrados de las provincias. En todas las ciudades principales hay Zeladores particulares , ademas de los Visitadores extraordinarios que la Corte envia de tiempo en tiempo. Luego que llegan á una provincia , tienen jurisdiccion y autoridad sobre los Virreyes y Mandarines : es tan grande el miedo

que éstos le tienen, que se dice como por proverbio: *el raton ha visto al gato*. Llevan el sello Imperial atado al brazo derecho, y con esto se hacen en extremo formidables, porque su autoridad se extiende hasta deponerlos de sus empleos, y confiscarles sus bienes. Pero regularmente la severidad de estos terribles Censores no recae sino sobre los que no quieren, ó no tienen medios para saciar su avaricia; pues no dexareis de conocer que en una nacion cuyo único mobil es el interes, los castigos estarán reservados únicamente para los pobres por la menor falta, y que los desoladores de las provincias gozarán impunemente del fruto de sus vexaciones, siempre que tengan resolucion para repartir su presa con estos comisionados de la Corte.

Ha habido tambien Emperadores que han visitado por sí mismos las provincias para informarse de la conducta de sus Ministros, y oír las quejas de los pueblos. No hay cosa mas recomendable que lo que me contó á este propósito un Misionero anciano, que se hallaba en Nan-Kin quando sucedió lo que voy á referiros con sus mismas palabras.

„El Emperador Cang-Hy en una de sus visitas por las provincias, habiéndose separado de sus guardias, vió á un anciano que lloraba amargamente. El Príncipe,

sin darse á conocer, le preguntó la causa de su llanto: no tenia, respondió el viejo, mas que un solo hijo, á quien amaba tiernamente, y que era el único apoyo de toda mi familia. Un Mandarin Tartaro me lo ha quitado, y me veo privado de la esperanza de volverle á ver jamas; porque siendo yo tan pobre y miserable, ¿ cómo es posible que pueda obligar al Gobernador á que me le vuelva? ¿ Y por qué no? respondió el Emperador: ven conmigo, iremos á ver á ese Mandarin. El viejo le obedeció, y le conduxo al palacio del Gobernador: convencido éste del delito, el Emperador mandó á sus guardias que le cortasen la cabeza al punto: y despues volviéndose al anciano, te doy, le dixo, el empleo de este injusto usurpador; sé mas justo que él, y escarmienta en su cabeza á no hacer cosa que te ponga en la situacion de servir á otros de escarmiento."

He aquí otra costumbre que dá muy buena idea de este gobierno. Cada tres años el Emperador hace que le presenten un catálogo que contiene los nombres, y las buenas ó malas calidades de todos los Mandarines. En cada ciudad, el Magistrado principal examina la conducta de todos los empleados subalternos, poniendo á sus nombres notas favorables, ó infamatorias, y las dirige al Tribunal supremo de la

provincia. Estas notas pasan por el exâmen del Virrey, el qual añade tambien sus observaciones. Debaxo del nombre del Mandarin se pone su elogio ó su censura, y se envia todo al Tribunal supremo de Pekin, el qual premia ó castiga, segun el mérito de cada uno, elevando á los beneméritos á empleos superiores, y despojando á los culpados, ó rebaxándolos á empleos subalternos. El Emperador suele enviar tambien Inspectores extraordinarios que viajan de incognito, y despues de haber hecho el oficio de espías secretas por algun tiempo, manifiestan su caracter, y castigan á los culpados. Excelentes disposiciones todas para un pueblo en que hubiese virtud y buenas costumbres; pero en la China, donde la codicia ahoga todos los principios de justicia, es preciso que produzcan efectos muy funestos.

Á pesar de toda esta severidad, hay ocasiones en que las injusticias mas atroces son toleradas, ó por mejor decir, autorizadas. Por exemplo: Todos los Mandarines encargados de alguna comision de parte de la Corte, son nombrados por el Gobierno: quando vuelven, están obligados á hacer regalos considerables á los Príncipes de la Sangre, á los Grandes, y á los Ministros, y por consiguiente es preciso que les disimulen todas las vexaciones que ha-

yan cometido para adquirir tanto dinero. Con esta proteccion no tienen que recelar que los agraviados hallen apoyo para sus quejas; y así es que nadie se atreve á quejarse, porque en vez de hallar justicia, se expone á nuevas tropelías. En estos casos no se puede acudir derechamente al Emperador, porque es preciso que sus querellas pasen por manos de los Ministros, y de los primeros Señores de palacio, los quales como tan interesados en sostener á su hechura y tributario, no permiten que lleguen á oídos del Monarca. Estos hechos están repetidos en las mismas obras en que se hacen tantos elogios del gobierno de la China; y creo que extrañareis tanto como yo la inconseqüencia y falta de reflexión de estos hombres en referir unos hechos que desmienten tan claramente todos sus panegíricos.

En ciertos dias del año el Emperador convoca á todos los Grandes de la Corte, y á los primeros Mandarines de los Tribunales para darles una instruccion. Estos hacen lo mismo en sus departamentos: dos veces al mes convocan al pueblo, y le explican algun punto de moral; y el Emperador es el que señala las materias de que han de tratar en sus sermones.

Lo que pudiera dar alguna idea de la atencion del Gobierno en hacer manifiesta

la conducta de los Magistrados, es la gazeta que se imprime diariamente en Pekin. Todas sus noticias se reducen á hablar del buen ó mal gobierno y conducta de los Mandarines. Se leen en ella los nombres de los que han sido depuestos, y las causas de esta degradacion: se refieren las sentencias de los Tribunales, las desgracias sucedidas en las provincias, lo que han hecho los Gobernadores para socorrer á los pueblos, los gastos ordinarios y extraordinarios del Monarca, las gracias que ha hecho, las querellas que le han presentado, los elogios que dá á sus Ministros, y juntamente las amenazas que les hace; por exemplo: „N. no tiene buena reputacion, y será castigado sino se enmienda. En una palabra, esta gazeta contiene una razon exâcya y circunstanciada de todos los negocios de Estado. Las personas encargadas de componerla, deben presentarla al Emperador ántes de publicarla. Esta circunstancia, y la naturaleza de aquel Gobierno hacen presumir que esta gazeta no producirá los buenos efectos que pretenden los que alaban este establecimiento.

La tranquilidad del reyno depende enteramente del cuidado que pone el Monarca en contener en su obligacion á los Mandarines. Pero ya hace tiempo, Señora, que os hablo de estos Ministros, sin haber ex-

plicado lo que pertenece á esta primera clase de ciudadanos. El nombre del Mandarin, que quiere decir *Comandante*, no es el que tienen en la China, donde se les conoce con el nombre de *Quans*, que quiere decir *Prepositos* ó personas que están al frente de los demas. Los Portugueses les dieron el nombre de Mandarines, tomado de su lengua, y todas las naciones de Europa lo han adoptado.

Hay Mandarines de letras, y Mandarines militares: las leyes arreglan el lugar y clase que corresponde á cada uno de ellos en las juntas que se hacen en palacio. Los Mandarines civiles están á la izquierda del trono Imperial, que es el lado mas honorífico en la China: los militares ocupan la derecha, porque aquí, como en Roma, las letras prevalecen á las armas. Todó el gobierno del Estado descarga sobre los Mandarines civiles, porque ellos solos pueden obtener los empleos. Su número ascenderá á catorce ó quince mil: quatro veces al año se imprime un catalogo, donde se notan sus nombres, sus títulos, su pais, y el tiempo en que tomaron sus grados. Están divididos en nueve clases: los de las tres primeras exercen los primeros empleos: entre estos elige el Emperador á los *Colaos* ó Ministros de Estado, los Magistrados de los Tribunales supremos, los Gobernadores de las ciudades grandes, los Te-

soreros generales de las provincias, los Virreyes &c. El número de los Colaos no es fixo, pues depende de la voluntad del Emperador, que los escoge á su arbitrio de entre los varios Tribunales, pero rara vez hay mas de cinco ó seis á un tiempo. Uno de ellos tiene ordinariamente alguna distincion sobre los otros, goza de toda la confianza del Soberano, y se puede considerar como el primer Ministro.

Los Quans ó Mandarines de las clases inferiores, ocupan las plazas subalternas de judicatura y de rentas, mandan en las ciudades pequeñas, y están encargados de la policía. Hay entre estas clases diferentes tan grande subordinacion, que un Mandarín de las tres clases primeras puede hacer dar de palos á los de clase inferior. El ménos considerable de entre ellos goza de una autoridad absoluta en la extension de su distrito, pero tiembla delante de sus superiores, así como éstos delante de los Tribunales de la Ciudad Imperial, y los Presidentes de éstos delante del Soberano. Como son considerados los Mandarines como unos representantes del Emperador, son tan respetados como él: el pueblo les habla de rodillas quando están en su Tribunal; y ya os he dicho que quando salen en público es con el aparato mas pomposo. Causa admiracion que un Imperio

tan populoso pueda ser contenido en su deber por tan corto número de Mandarines que mandan en las provincias ; pero esta admiracion cesa quando se considera el caracter de los Chinos , y la fuerza de la costumbre.

Quando vaca una plaza de Mandarin, se provee segun la clase y mérito de los Letrados : este nombramiento se hace del modo siguiente. Se dá noticia al Emperador que hay tres ó quatro plazas de Mandarines vacantes : hace llamar á los tres ó quatro Letrados que están los primeros en la lista : se hacen cédulas de los Gobiernos vacantes ; las meten en una caxita ; los pretendientes las van sacando segun el orden de su antigüedad ó grado , y cada uno obtiene el Gobierno que le toca por suerte.

Un Mandarin debe ser accesible no solamente en las horas de audiencia , sino en todas las del dia y de la noche. Su casa está siempre abierta , y no hay mas que tocar en un timbal colgado á la puerta , y en haciendo esta señal , el Juez debe presentarse. Pero tambien es verdad que si el negocio no es muy urgente , ó se incomoda mucho al Mandarin , lo regular es mandar apalea al pobre pretendiente.

La gravedad de los Chinos prohíbe á los Mandarines el gozar de varios placeres públicos , como son el paseo , el jue-

go, las visitas, los espectáculos vulgares, las concurrencias &c.; pero en lo interior de su palacio se indemnizan de esta severidad pública. Los Mandarines no pueden admitir regalos, porque está prohibido severamente por las leyes; sin embargo, como es una verdad incontestable, que quando las leyes están en contradiccion con las costumbres, éstas son las que prevalecen, de aquí es que todos reciben quanto les dan, y aun lo exigen; y la ley solo sirve para perder á aquellos, contra quienes los Ministros supremos tienen alguna queja, y buscan algun delito para autorizar su persecucion. Dos Magistrados de una misma familia no pueden mandar en una provincia: nadie puede ser Magistrado en la ciudad ni en la provincia donde nació. Regularmente mudan con frecuencia los Gobernadores de una parte á otra, para que no formen enlaces estrechos, que pudieran ser perjudiciales al gobierno. Estos Magistrados son responsables de todo lo malo que sucede en el distrito de su jurisdiccion; ley muy injusta si se observa con rigor; inutil si no se observa; y perjudicial si se dispensa con algunos.

Quando un nuevo Mandarin entra á mandar en alguna ciudad ó provincia, le hacen los mayores obsequios: todo el pueblo sale á recibirle: es preciso que se de-

tenga con frecuencia para que le quiten las botas, y le pongan otras nuevas, guardando las primeras como reliquias. Al contrario, quando el Mandarin sale de su Gobierno, como regularmente dexa descontentos á muchos, ó á todos, le despiden con el mayor desprecio.

Ciertamente seria feliz la China si se observasen las leyes; pero el interes y la insaciable codicia todo lo trastornan. Los subalternos emplean todo género de artificios para corromper á los Mandarines superiores: éstos hacen lo mismo para tener gratos á los Tribunales supremos, y aun al mismo Emperador, usando de las lisonjas más abatidas, y de los regalos, que es el medio más seguro.

El Gobierno militar está á cargo de los Mandarines de guerra. Están distinguidos en cinco clases, que comprehenden más de diez y ocho mil de estos Oficiales. Los de la primera clase se llaman *Mandarines de la retaguardia*: los de la segunda, *Mandarines del ala izquierda*: los de la tercera, *Mandarines del ala derecha*: los de la quarta, *Mandarines del centro de batalla*: y los de la quinta, *Mandarines de la vanguardia*. Estas varias clases están gobernadas por cinco Tribunales, subordinados á otro superior, el qual depende del Consejo supremo de Pekin, que está en-

cargado de los negocios de la guerra. El Presidente de este Tribunal es uno de los primeros Grandes del Imperio, y su autoridad se extiende sobre todas las tropas, así de la Corte como de las Provincias. Para que no abuse de su autoridad, se le asocia un Mandarin de letras, que tiene el título de Superintendente de las armas. Además, tiene también tres zeladores, que son del mismo cuerpo: el General no puede formar ninguna empresa, sin consultar á estos tres Inspectores, que dan cuenta de todas sus operaciones al Tribunal de la Guerra.

Los diez y ocho mil Mandarines Militares tienen baxo sus órdenes mas de setecientos mil hombres de infantería, y doscientos mil de caballería. Todas estas tropas sirven de guardias á los principales Mandarines, á los Gobernadores y Magistrados: los acompañan en sus viages, cuidan de su seguridad, velando por la noche al rededor de sus posadas; y siempre que el Mandarin hace alto, son relevadas por otras guardias. Están divididas en varias legiones cada una compuesta de diez mil hombres, que forman cien compañías de á cien hombres. Los Tártaros llevan vanderas amarillas, los Chinos verdes; los Xefes de cada cuerpo cuidan de exercitar las tropas en la manobra: de quando en quando hay revistas de armas y caballos; y quando no se hallan en

buen estado, se castiga á los culpados con palos, si son Chinos; y con azotes, si son Tártaros. Estas tropas están bien vestidas y armadas, y se les paga regularmente de tres en tres meses. Su salario es tan bueno, que se hacen empeños para entrar en la Milicia. Pero á pesar de todo esto, los Chinos son muy malos soldados; su cobardía es tan grande, que el mas débil esfuerzo basta para desbaratar aquellos exércitos tan numerosos. Hasta los mismos Tártaros, que con tan corto número conquistaron todo el Imperio en el siglo pasado, se han afeminado en este clima voluptuoso: „Son buenos soldados, de-
 „cia de ellos el Emperador Cang-Hy, quan-
 „do pelean con otros mas cobardes; pero son
 „muy débiles quando tienen que pelear con
 „buenas tropas.” La profunda paz, de que ha gozado la China sin interrupcion por mas de un siglo, ha acabado de estorvarlos. La preferencia que dan los Chinos á las letras; la educacion sedentaria y estudiosa de la juventud: la dependencia en que están los Militares de los Letrados, con otras muchas causas que omito, son obstáculos insuperables para criar soldados valerosos.

Todas estas tropas están encargadas principalmente de mantener la tranquilidad y policia en las Ciudades y provincias; tambien discurren por los caminos, para limpiarlos de ladrones, de que hay en la China

ejércitos enteros. Quando amenaza guerra, se forma un ejército de los varios destacamentos que se envían de las provincias. Los soldados no llevan el uniforme militar, sino quando están de servicio, esto es, para hacer la guardia, para las revistas, y quando acompañan á los Mandarines: quando están descansando, se aplican á los oficios que han aprendido.

Ví, poco hace, un ejercicio de un cuerpo de quatro mil hombres de Infantería: estaban formados en dos filas, y cada qual tenía un arcabuz con su mecha. Los Oficiales Generales estaban á caballo, armados de arcos y flechas, y los subalternos á pie con espadas mas ó ménos largas segun su grado. Todos guardaban el mas profundo silencio, hasta, que el Comandante mandó disparar un cañon pequeño puesto sobre un camello: con esta señal, las tropas abanzaron, se retiraron, é hicieron otras evoluciones segun el uso del pais, con bastante arreglo. Despues se dividieron en varias compañías, y poniéndose de rodillas, muy juntos unos con otros, permanecieron en esta postura por algun rato: luego se levantaron á sus puestos, y se formaron de nuevo sin confusion. Segun lo que ví, creo que pudieran ser instruidos facilmente en nuestra táctica.

El uso de la artillería es muy moderno

en la China, es decir, que no hace mas que siglo y medio que empezaron á usar de cañones. Los Portugueses de Macao fueron los que regalaron al Emperador los primeros cañones, y por estos modelos empezaron á fabricar otros; pero fué necesario valerse de los Jesuitas: los Padres Werbiest y Scall fundieron hasta trescientos veinte cañones: ocupacion harto agena de Misioneros.

He dicho que uno de los Tribunales Supremos de Pekin tiene la administracion de las rentas del Estado: el método de cobrarlas, es muy sencillo. Desde la edad de veinte años hasta sesenta cada hombre paga un tributo personal, proporcionado á sus facultades. Los campos se miden todos los años por el tiempo de la siega: se sabe lo que pueden producir, y por este cálculo se arregla el tributo que han de pagar. No hay tierra alguna que esté esenta de este tributo.

Desde que se empieza á labrar las tierras, esto es, desde la primavera hasta la cosecha, no es permitido inquietar á los labradores para que paguen la capitacion. Los malos pagadores son castigados con palos; y ademas, los Magistrados dan villetes á los viejos y pobres del país, los quales acuden á los deudores, y se mantienen á su costa hasta completar la suma debida. El impues-

to ordinario asciende á sumas inmensas, no porque el tributo de cada uno sea muy grande, sino por el crecido número de los contribuyentes. Se cobra parte en dinero, y parte en géneros, esto es, en granos, sal, carbon, leña, mercaderías &c. Estas varias contribuciones ascienden anualmente á mas de tres mil millones de reales. Los géneros se distribuyen entre los Oficiales del Emperador, ya de la Corte, ya de las provincias, y son parte de sus rentas: lo restante se reparte entre los pobres y los viejos. En los años calamitosos se distribuyen entre los labradores los granos de que necesitan para sembrar. El Emperador hace llenar los almacenes cada tres ó quatro años; y quando hay escasez, manda vender los granos á un precio moderado. De las rentas del Estado se destinan muchos millones para estas necesidades; pero como son tan inmensas las rentas, estas liberalidades son muy poco sensibles. En efecto, ademas de los tres mil millones que produce el tributo anual sobre las tierras, se perciben mas de mil de las aduanas, de la sal, del alquiler de las casas propias de la Corona, de las cortas de madera, de las multas y de las confiscaciones. Añadid á esto una infinidad de otras contribuciones en géneros de todas clases, y hallareis que este Monarca tiene mas de quinze millones al dia de renta. Esto no debe

extrañarse, si se considera la grande extension y la infinita multitud de habitantes de este Imperio. Quando se vé el inmenso gentio de las ciudades, los caminos siempre cubiertos de exércitos de pasajeros, y los campos, rios y canales inundados de gente, no parece increíble el número de doscientos millones de almas que se atribuye á la China. (1) Las causas de esta gran poblacion

(1) La poblacion de la China es un problema, difícil de resolver. Considerad la grande extension de este Imperio, la benignidad del clima, la fecundidad de las mugeres, la feracidad del terreno, la industria de sus habitantes, la gran poblacion de las ciudades, que son las que se presentan á la vista de los viajeros, *no parece increíble el número de doscientos millones de habitantes.* Pero reflexionando por otra parte, que en la China hay provincias casi desiertas ó solo habitadas de salvajes sus selvas y bosques inmensos, mas de un millon de Bonzos celibatos, infinito número de eunucos y mendigos, el derecho de arrojar á la calle á los niños, el inmenso número de los que perecen en las hambres, que son casi anuales en la China, con otras causas fisicas y morales, tendremos que rebajar considerablemente este cómputo. Lo cierto es, que los Chinos se acumulan en las ciudades, en las orillas de los rios, y junto á los caminos principales, y de aquí procede la inmensa poblacion que se advierte en estos lugares; pero esta misma causa perjudica á la verdadera poblacion pues dexan abandonado lo interior de las provincias, los hombres acinados en las ciudades padecen mas enfermedades, viven y procrean menos, el terreno no puede producir para alimentar á tantos amontonados en tan corto es-

no son difíciles de averiguar, atendida la naturaleza del clima, la fecundidad de las mugeres, la facilidad para procrear, y la mala política de los Chinos en prohibir la salida de Colonias á otros países, que produciria las mayores ventajas á este Imperio tan sobrecargado de habitantes.

Si la riqueza de un Imperio consiste en la abundancia de las cosas necesarias para la vida, en la grande extension de su comercio, en los tesoros que producen los campos, la China ciertamente excede en esto á los demas Estados. Granos de todas especies, gran cantidad de legumbres y frutas esquisitas, todo género de ganados, caza, aves, pescados, sal, azucar, especias, vinos de arroz muy delicados, el thé, he aquí lo que produce la China para el alimento del hombre. Por lo que hace al vestido, se halla abundancia de telas de cáñamo, algodón, seda y lana, y todo género de peleteria para forros magníficos y los demas usos. Las personas de algunas conveniencias tienen casas muy aseadas y cómodas; los barnices, las pinturas y dorados brillan en las casas de los ricos y poderosos. El comercio es tan

pacio, y de aquí las hambres y las pestes. En el catastro que hicieron los Tártaros quando conquistaron la China en el siglo pasado, solo habia unos doce millones de familias: este es un hecho innegable.

florecente como en el país mas comerciante del mundo: los Mandarines entregan grandes caudales á comerciantes, para que negocien y les hagan valer en Siam, Filipinas, Batavia &c. Llevan porcelana, obras barnizadas, azucar, arroz, thé, drogas medicinales, y traen en cambio, oro, plata, perlas, paños de Europa &c. Pero el comercio mas considerable de la China es el interior: los rios y canales están siempre cubiertos de barcas, y los caminos de carros, camellos, mulas, caballos y hombres, que transportan de una provincia á otra todo género de mercaderías, y se comunican mutuamente sus riquezas. Este comercio interior de la China es mas extenso que el que hacen entre sí todas las potencias de Europa, y toda la China parece un gran mercado.

La moneda que corre en la China, es de cobre con mezcla de plomo: la imágen del Emperador no está gravada en ella, porque su respeto mal entendido les hace considerar como una injuria el que la figura del Monarca andubiese en manos de todos: solamente se leen en estas monedas títulos pomposos, ó el valor de ellas. Estas piezas con un agujero quadrado en medio, se ensartan en un cordon, para llevarlas con mas comodidad, y á cada ciento atan un nudo. Con una de estas monedas se puede comprar una taza de café, una pipa de taba-

co, y un vaso de aguardiente: un pobre con tres de ellas puede comer bien. Esta moneda no es acuñada como en Europa, sino fundida, y solamente se fabrica en la capital: los monederos falsos tienen pena capital como entre nosotros. El oro no corre en el comercio sino como mercadería, y se compra con plata: uno y otro metal se reciben por peso; los comerciantes llevan siempre consigo pesos de dos balanzas para pesarlos, y unas tixeras para cortarlos. Los Chinos son muy hábiles en conocer la pureza de estos dos metales, y para no ser engañados por ellos, es preciso llevar siempre la piedra de toque. Tienen pesas de varias clases, y suma destreza en mudarlas. Quando compran alguna cosa que exceda el valor de poco mas de un real, cortan un pedacito de plata y le pesan, lo qual executan en un momento: pero esta práctica tiene el perjuicio de perderse muchas partículas al cortarse.

Los Chinos dividen como nosotros la libra de diez y seis onzas, pero cada onza admite mas subdivisiones que las acostumbradas entre nosotros, principalmente en el oro y la plata, extendiéndose la subdivision hasta partecillas casi imperceptibles. Cuentan tambien sus medidas por pies, pulgadas y lineas, y distinguen quatro especies de pies; el de palacio, establecido por el Emperador

Cang-Hy, es exâctamente el mismo que el de París; el pie del Tribunal de Matemáticas, es algo mas grande que el de palacio; el pie de los obreros es algo mas corto, y el de los mercaderes tiene siete lineas mas que éste último.



CARTA LXIV.

Continuacion de la China.

Como no omito medio ni diligencia alguna para instruirme en todo lo perteneciente á este Imperio tan famoso como desconocido, he procurado adquirir varias memorias que se hallan en poder de estos Misioneros. La que me ha parecido mas curiosa, es la de Mr. de Bremend, de nacion Sueco, que en 1721 acompañó al Embaxador enviado por Pedro el Grande al Emperador Cang-Hy. El objeto principal de esta embaxada era inclinar al Emperador de la China que permitiese la residencia de un Agente ordinario de Rusia en Pekin, para mantener la buena inteligencia entre los dos Imperios. El Ministro del Czar, despues de haber desempeñado felizmente esta comision, dexó á Mr. Lange en la China en calidad de Agente de Rusia, y á Mr. de Bremend por su Secretario. Este fue el que escribió la relacion, cuyo extracto voy á copiaros, porque creo os será agradable.

„El 22 de Septiembre, dice M. de Bremend, entramos en el territorio del Imperio de la China. El Emperador hace la cos-

ta á los Embaxadores extranjeros desde el dia que entran en sus estados hasta, que salen. Igualmente trata á los Príncipes tributarios, y á todos los Señores Tártaros, sus vasallos, quando vienen á rendirle homenaje. Nuestra comitiva se componia de cerca de cien personas, y se nos daban quince carneros al dia para nuestro gasto: esta es con la vaca la única provision que se encuentra hasta pasar la gran muralla. Atravesamos llanuras y valles cubiertos de excelentes pastos, pero no vimos ni una sola choza ó tienda. Preguntando yo, porque un país tan bello estaba sin habitantes, me respondieron que el Emperador habia prohibido á los Tártaros acercarse á las fronteras de Rusia, temiendo que les viniese deseo de introducirse en la China, como lo han hecho varias veces. Estos valles fértiles están rodeados de collados, cuya pendiente es muy suave, y la cima está cubierta de árboles. Estos objetos forman una perspectiva tan agradable, que con dificultad se encontrarán otros semejantes en ninguna region del mundo. Lo que aumenta su belleza es la multitud de arroyos, llenos de pezes, y gran número de caza esparcida por los valles y bosques.

„Á medida que nos acercabamos á la gran muralla, veiamos sobre las montañas muchas marmotas, las quales se fabrican sus madrigueas, en que permanecen duran-

te el invierno sin comer. Se mantienen á la entrada de su madriguera, donde están haciendo la guardia, y al menor peligro que advierten, se levantan en dos pies, y dan un grito para avisar á las demas, y al punto se meten todas en sus madrigueras. Estas mismas montañas están llenas de ruibarbo, y hay apariencia de que las marmotas se alimentan de sus raices, porque donde quiera que hay algunos de estos arbustos, se halla siempre alguna madriguera.

„El 3 de Octubre hallamos á las riberas del tola gran cantidad de Tártaros acampados con sus ganados, y estos fueron los primeros habitantes que vimos desde que salimos de la fronteras. Los Rusos pretenden que todo el país que está al occidente de este río les pertenece, y que son los límites naturales de los dos Imperios: esto seria un aumento de los dominios del Czar, pero como ambos Monarcas poseen unos países tan extensos se cuidan poco de esta adquisicion.

„El 9, un Lama, enviado á la Corte de Pekin, se juntó con nuestra comitiva, y juzgamos por su trage y acompañamiento, que era un hombre de importancia. Nos habló de un terremoto que habia sucedido en la China, y nos preguntó el juicio que haciamos los Europeos de este fenómeno. Respondimosle que se atribuia regularmente á los fuegos subterranos, y le rogamos nos

dixese qual era su opinion, y la de sus paisanos. Su respuesta fue, que quando Dios crió la tierra, la colocó sobre la espalda de una gran rana; y que siempre que este animal mueve la cabeza, ó extiende las piernas, hace temblar la tierra que está encima. Contentamonos con este rasgo de sus conocimientos fisicos, y mudamos de conversacion.

„El dia 14, no pudimos dar agua á nuestros bagages, porque los pozos se llenaban de arena luego que los abriamos. Esta arena es tan seca y ligera, que el menor viento la levanta, y para librarnos de que nos cegase, nos cubrimos el rostro con una gasa de cerda, que sirve tambien contra la nieve. El viento arreció tanto, que no pudimos plantar nuestras tiendas.

No debo pasar en silencio el modo con que matan el ganado en este país: les abren por un costado, y metiendo la mano por la abertura, les aprietan el corazon hasta que espira, y asi toda la sangre queda en la carne. Muerto el carnero, no esperan á desollarle sino que le hacen pedazos, los ponen á asar con la piel sobre las ascuas, y le comen despues de haber raído la lana con un cuchillo.

„Hacia seis semanas que habiamos salido de la frontera, sin habernos detenido un solo dia, y sin haber visto ninguna casa; y habia cerca de un mes que habiamos entra-

do en un desierto de arena, sin encontrar árboles, rios, ni montaña, y teníamos que dar largos rodeos para encontrar agua. El 2 de Noviembre descubrimos la gran muralla, y uno de nosotros gritó, *tierra, tierra*, como si estuviésemos en alta mar.

„Continuamos nuestro camino hacia el S. y de tiempo en tiempo descubriamos en los peñascos algunas chozas pequeñas, rodeadas de un campo corto, que se parecen perfectamente á aquellos pasages grotescos, que vemos pintados en la porcelana y telas de la China. Los Europeos creen que son imaginarios, pero están copiados del natural.

En fin, llegamos á la famosa muralla, y entramos por una gran puerta, que se cierra todas las noches: está guardada por un cuerpo de mil hombres, mandado por dos Oficiales de distincion, uno Tártaro y otro Chino. Despues de la última revolucion todos los empleos de importancia se confian á personas de una y otra nacion, para que mutuamente sean espías unos de otros. Estos dos Oficiales, acompañados de gran cantidad de Subalternos, vinieron á felicitar al Embaxador por su feliz arribo, y le convidaron á tomar el thé. Echamos pie á tierra, y pasamos á una gran sala, adornada con bancos, y destinada para recibir á las personas de distincion. Nos sirvieron gran porcion de varias frutas y dulces, y media

hora despues el Embaxador se puso en marcha.

„El Comandante de la primer Ciudad China en donde entramos, salió á recibir al Embaxador, le acompañó hasta la posada que le estaba prevenida, le envió provisiones, y le convidó á comer. Concluida la comida, entraron diez ó doce músicos que tocaron unos instrumentos de viento tan diferentes de los nuestros, que no sabré describirlos. La música estaba acompañada de danzas, y los danzantes no mudaban de situacion; todo se reducía á movimientos forzados, y á gestos rídiculos. Al levantarnos de la mesa, un oficial llamó á nuestros criados, y les mandó ocupasen nuestros asientos, lo que produjo una escena divertida, que fue menester permitir por no ofender al amo de la casa. En todas las Ciudades por donde pasamos, nos hicieron los mismos obsequios; y en muchas partes á la danza y á la música acompañaba una lucha de codornices. Causa admiracion el ver con que corage se embisten estas avecillas, y pelean hasta matarse, como los gallos. Los Chinos son muy apasionados á esta diversion, y hacen grandes apuestas, como en Inglaterra por las corridas de caballos. Se cuida de separar á estas aves ántes que se hieran, y las guardan en jaulas para otras luchas.

„Al acercanos á la capital, estuvimos alojados en una hostería de una aldea, donde

observé el carácter de los Chinos aun en las cosas mas menudas. Ví en la cocina de nuestro hostelero seis marmitas colocadas sobre un hornillo: debaxo de cada una habia un agujero para recibir el fuego, que consistia en algunos palillos mezclados con paja. La leña es tan rara en las cercanías de Pekin, que no hay arbitrio que no inventen los Chinos para cocer su comida con poco gasto, y para calentarse por el invierno, que es muy riguroso por espacio de dos meses.

„Á dos leguas de Pekin la Corte envió dos Mandarines para dar al Embaxador la bienvenida: traxeron algunos caballos para nuestra entrada, que se hizo con mucho aparato, y con todas las ceremonias del país.

Llegamos en fin á aquella parte de Pekin, que llaman la Ciudad Tártara, donde nos habian preparado el alojamiento. Por la noche el Maestro de ceremonias vino á visitar al Embaxador, y le preguntó en nombre del Emperador el motivo de su venida, y se marchó luego que se lo hubo respondido. Despues vino otro oficial de parte del primer Ministro á saludar al Embaxador, excusándose de no venir en persona, y prometiendo venir al dia siguiente. Entretanto le envió todo género de provisiones, en muestra de respe-

to á su persona , aunque ya teniamos mas de las que podiamos consumir.

„Á las diez de la noche , el oficial de guardia cerró nuestra puerta , y puso en ella el sello del Príncipe para que nadie pudiese entrar ni salir ; costumbre que se observa con los Embaxadores estrangeros para que no puedan tener comunicacion con los habitantes , hasta que hayan tenido audiencia del Emperador.

„En la visita que el primer Ministro hizo al Embaxador , iba acompañado del Maestro de ceremonias , y de cinco Jesuitas. Luego que llegaron á la puerta , dos criados se adelantaron haciendo un ruido sordo , como se acostumbra en la Cñina quando llega alguna persona de distincion.

El Ministro Chino pidió al Embaxador le entregase una copia de sus credenciales , lo que rehusó al principio , pero diciéndole que el Emperador no recibia ninguna carta , aun de sus mayores amigos sin saber ántes su contenido , le entregó una copia en latin , y el original estaba en Ruso. Los Misioneros la traduxeron en Chino , y despues se marcharon. El primer Ministro se quedó con el Embaxador hablando con él sobre varios asuntos. El Emperador envió un oficial para informarse de la salud del Embaxador : seguíanle quatro hombres que llevaban una mesa cu-

bierta con un tafetan amarillo, sobre la qual habia varias especies de frutas y dulces, y en medio un quarto de carnero. El oficial le dixo que estas provisiones habian sido tomadas de la mesa del Emperador, el qual esperaba que el Embaxador tendria á bien comer de ellas, lo qual aquí se tiene por la mayor demostracion de benevolencia.

„Al dia siguiente vino á visitarle el Ministro de negocios estrangeros: el principal asunto de la conversacion fueron las ceremonias que se debian observar en la Audiencia pública. El Tribunal de ritos es tan escrupuloso en su observancia, que antes de que un Embaxador se presente en palacio, exige que se exercite en ellas por algunos dias, como un comediante que ha de representar un papel en el teatro. Pero se dispensó á nuestro Embaxador de varias ceremonias, y en particular de un modo de andar acostumbrado en la China para manifestar el respeto al Soberano. Esta marcha, ó por mejor decir, esta corrida, es aquí de tanta etiqueta como las cortesias de Europa. Los Misioneros se han visto precisados á aprenderla; y es cosa muy divertida y graciosa el ver á los graves Jesuitas correr con toda ligereza; pero á pasitos muy menudos, hasta lo último de una sala quando entran á ver al

Emperador: allí permanecen un rato de pie con los brazos extendidos hácia el suelo ; luego despues de haberse arrodillado, se baxan , se levantan , y repiten por tres veces la misma pantomima , esperando la órden de pasar adelante , y ponerse de rodillas á los pies del Monarca.

„El Embaxador quiso entregar por sí mismo las credenciales al Emperador , y dispensarse de postrarse tres veces al entrar en la sala del trono ; pero se le dixo que esta demanda era contraria á lo que se practica en la China de tiempo inmemorial ; en fin , despues de muchas contestaciones quedó concertado , que el Embaxador se conformaria con la costumbre de la China , y que quando el Emperador Chino enviase Embaxador á Rusia , se le daria órden de practicar lo que allí se acostumbra.

„El dia señalado para la audiencia , varios Oficiales de la Corte vinieron con vestidos magníficos á nuestra posada para conducirnos al palacio. Quando llegamos á la puerta vimos con admiracion á uno de los primeros Grandes de planton entre los soldados de la guardia , y se le habia dado este castigo por haber vendido su proteccion. Otras veces los condenan á barrer los patios de palacio.

„Nos conduxeron á una sala , donde

tomamos thé, esperando que viniese el Emperador. Pasamos de allí por un patio espacioso, á cuya puerta habia tres elefantes negros, que servian como de centinelas: tenian sobre las espaldas torres adornadas de escultura, y magníficamente doradas. Fue inmenso el concurso del pueblo; y el número de los guardias era tan asombroso como la riqueza de sus vestidos. Dos Señores Tártaros, cuyo oficio es recibir á los Embaxadores, nos conduxeron á otro patio, rodeado de Oficiales y soldados; de allí pasamos á otro tercer patio, desde el qual se entra en la sala del trono. Encontramos á todos los Ministros y Grandes sentados sobre unas losas, con las piernas cruzadas, delante de la puerta á la inclemencia, y habian reservado lugar para el Embaxador y las personas de su comitiva. Permanecimos sentados al frio, hasta que entró el Emperador, y en este intervalo todos guardaron el mas profundo silencio. Los dos lados del trono estaban guardados por ciento y doce soldados, cada uno de los quales tenia una insignia diferente, segun el color de su vestido: veinte y dos Oficiales tenian en las manos unas especies de escudos amarillos, cuya figura representaba al sol: otros en mayor número, tenian estandartes adornados de figuras de dragones, ó algunos otros

símbolos; y detras de todas estas filas habia muchos Señores magníficamente vestidos, lo qual añadia mucho brillo á aquel espectáculo.

„El Emperador, rodeado de gran número de Mandarines, Ministros y Príncipes, estaba sentado sobre un estrado con las piernas cruzadas á lo Tártaro. Este trono tenia de tres á quatro pies de alto, y se semejaba á un altar: estaba cubierto de magníficos tapices, y tambien se veian pieles de martas. El Emperador tenia una túnica de damasco negro, y un manto de raso azul, guarnecido de pieles de armiño, con una cadena de coral al cuello, y un bonete guarnecido de martas, del qual colgaban por el lado derecho plumas de pabo real con una borla de seda encarnada. El Maestro de ceremonias hizo acercarse al Embaxador, y le conduxo asido de una mano, llevando en la otra sus credenciales: pusiéronlas sobre una mesa, como se habia convenido, pero el Emperador hizo señal al Embaxador que se acercase. Este cogió sus credenciales, y acercándose al trono, acompañado del primer Ministro, se arrodilló, y las puso delante del Emperador: el Monarca las tocó con la mano, preguntó por el Czar, y dixo al Embaxador, que le habia dispensado del ceremonial por la amistad que tenia á

su Soberano. El Introdutor volvió á conducir al Embaxador; y un Heraldo dió órden en alta voz al concurso que se pudiese de rodillas, y saludase nueve veces al Emperador. Nosotros pretendimos dispensarnos de esta ceremonia, pero nos fue preciso someternos. El Heraldo estaba en pie, y en lengua Tártara decia: *inclinaos, levantaos*, lo que repitió hasta nueve veces.

„Concluida esta ceremonia, el Introdutor acompañó al Embaxador y á su comitiva á la sala de la Audiencia: sentámonos en fila á la derecha del trono, teniendo detras de nosotros tres Misioneros que estaban al servicio de la Corte, y servían de Intérpretes. El Emperador llamó al Embaxador, le tocó la mano, y estuvo hablando familiarmente con él sobre varios asuntos: presentóle despues una copa de oro llena de una especie de vino caliente, compuesto de varias especies de granos: hizo pasar la copa á los de la comitiva, y bebimos todos á la salud del Monarca, el qual tuvo la bondad de decirnos, que este licor nos fortificaria contra el frio. Los hijos de este Príncipe, los Ministros y los Grandes estaban sentados á la izquierda del trono; despues entraron ocho ó diez nietos del Emperador. Todos eran bien dispuestos, pero no tenían mas distincion que el dragon con cinco

garras bordado en sus vestidos. Seguíanlos una tropa de músicos; y aunque habia un concurso inmenso, reynaba en todos el mayor orden y tranquilidad.

„Como era cerca de mediodia, nos sirvieron la comida segun la costumbre de la China, tocando los músicos en este intermedio, cantando y danzando al mismo tiempo varias personas sucesivamente. Hubo tambien luchadores y gladiadores, sin mas vestido que unos calzoncillos de lienzo grueso; si se daban algun golpe violento, ó se encarnizaban demasiado, el Emperador mandaba que los separasen. Esta humanidad del Monarca hacia tolerable este espectáculo, porque se daban tan recios golpes, que extrañaba yo cómo no se mataban.

„Despues se presentaron dos tropas de Tártaros, vestidos de pieles de tigres, armados de arcos y flechas, y montados en caballos muy altos. Al principio pelearon como enemigos, pero despues se reconciliaron, y danzaron al son de los instrumentos. Un gigante con una máscara horrible, con el mismo trage y armadura que los Tártaros, el qual representaba al diablo, vino á interrumpirlos: embistió con ellos, y le mataron á flechazos, sacándole despues en triunfo.

„Mientras que los vencedores continuaban sus juegos en el patio, un hijo del

Emperador, de unos veinte años de edad, danzó solo en el salon. El Emperador estuvo de muy buen humor, y envió á preguntar varias veces al Embaxador si estas diversiones eran de su gusto. Despues de una larga conversacion sobre varios asuntos, baxó el Emperador de su trono, y se retiró á su quarto.

„Por la noche hubo fuegos artificiales, é iluminaciones, lo qual fue muy superior á todo lo que se ha visto en Europa, y excedió nuestras esperanzas. Cang-Hy dixo al Embaxador, que esta diversion tenia mas de dos mil años de antigüedad, y que él mismo habia trabajado en perfeccionarla.

„Al dia siguiente un Mandarin con dos Secretarios pasó á nuestra posada para registrar los regalos que el Czar enviaba al Emperador, los quales consistian en ricas pieles, reloxes de repeticion guarnecidos de diamantes, otros de péndola, espejos &c.: tambien habia una vista de la batalla de Pultáwa de marfil, que Pedro el Grande habia hecho al torno. Este mismo dia nos enviaron las frutas y dulces que habian sobrado en la mesa el dia anterior, la qual venia conducido con la mayor pompa. En los dias siguientes el Emperador envió al Embaxador en grandes platos de oro mazizo otros manjares de su mesa; favor que se concede á muy pocos.

„Llegó el día 15 de Enero, que era el primero de la luna nueva, y el primer día del año, según el cómputo de los Chinos. Esta es la principal fiesta de la China, y empieza por la noche luego que se descubre la luna. Hicieron señal con la gran campana del palacio Imperial; tocaron unos tambores muy grandes, que solo sirven para esta fiesta; y se hicieron varias descargas de artillería. Inmediatamente todo el pueblo dió las mayores muestras de regocijo con fuegos artificiales, iluminaciones, y músicas. Los Sacerdotes, cuyo número es increíble, tocaban trompetas en sus templos: desde las diez de la noche hasta el mediodía siguiente, resonaba un estruendo tan grande por toda la ciudad, qual si dos exércitos muy numerosos estuviesen combatiendo. En los tres días siguientes, todas las calles estaban llenas de procesiones de ídolos de todas figuras, precedidas y seguidas de inmenso número de Sacerdotes con incensarios; y por todo este tiempo estuvieron las tiendas cerradas, y prohibido todo comercio. Se veía por todas las calles innumerable gentío de ambos sexos, y principalmente mugeres paseando las calles en asnos y en sillas abiertas de dos ruedas: sus criadas iban sentadas detras de ellas, unas cantando, y otras tacando instrumentos de ayre: mu-

chas Señoras iban fumando públicamente. La Ciudad de Pekin es la única parte de la China en donde se permite á las mugeres presentarse en público, principalmente en la Ciudad Tártara.

»Desde este dia todo fue juegos, espectáculos y diversiones, que se daban al Embaxador, ya por el mismo Emperador, ya por sus Grandes. El primer Ministro nos hizo ver un gavinete de curiosidades naturales y artificiales, y entre otras cosas, vimos algunas piezas de porcelana, que nos dixeron tenian mas de dos mil años de antigüedad, y que la porcelana que se fabrica ahora es muy inferior á la antigua, porque no se sabe ya preparar bien la materia. Otro dia nos llevaron al parque de los elefantes, que salieron de sus establos enjaezados con telas de oro, y pasaron como en revista delante de nosotros, entrando y saliendo con tal artificio, que parecia era infinito su número; pero en realidad no eran mas de sesenta.

»En una comedia que se representó delante de nosotros, entraron varios soldados armados de punta en blanco con máscaras horribles: despues que dieron algunas vueltas por el teatro, armaron pendencia, y uno de ellos fue herido. Un ángel, precedido de relámpagos con una enorme espada en la mano, vino á sosegar la riña,

y los arrojó del teatro; y después se elevó en medio de un torbellino de fuego y de humo. Á esto siguieron varias farsas cómicas, después de las cuales salió un Europeo con un vestido galoneado: se quitó su sombrero, y saludó cortesmente á todos los que pasaron junto á él. El amo de la casa interrumpió el espectáculo, y despidió á los comediantes, temiendo que tomásemos aquel espectáculo por un insulto. Luego entró un jugador de manos y un bolatin, que hicieron habilidades muy curiosas, y superiores á las que vemos en Europa. Después vimos otros charlatanes con monos y ratones, que nos divertieron mas que todo. Llenaron un saco de vestidos de varios colores, y un mono los iba sacando, y vistiéndoselos, según le mandaba su amo, sin equivocarse jamás en el color que le mandaba. Arreglando después sus gestos con el vestido que tenía puesto, danzaba en tierra, ó sobre algun cordel, y hacia mil habilidades graciosas. Dos ratones atados á una cadena se enredaban con ella, y después se desenredaban con una agilidad y destreza admirable.

Concluida esta diversion, fuimos á ver la fábrica de vidrio del Emperador, la qual ha establecido él mismo, y es la primera que se ha visto en la China.

„Deseando pasearme por la ciudad, me

dieron un soldado para que me acompañase. Entré en varias tiendas donde ví mezclados hombres con mugeres; en todas ellas me hacian muchos obsequios, y me ofrecian thé. Atravesando una plaza ví á un viejo que se estaba espulgando, y se comia los piojos, lo qual me dixeron era costumbre de los mendigos. Quando un Chino y un Tártaro se motejan, éste trata al otro de *comedor de piojos*, y el Chino llama al otro *casaca de piel de pescado*, porque los Tártaros que habitan cerca de los rios se visten en verano de las pieles de ciertos pescados.

„El Embaxador tuvo varias audiencias privadas con Cang-Hy, y este Emperador le habló en todos asuntos como un filósofo y hombre instruido. Le habló con mucho juicio sobre las fábulas de la historia China, y de su pretendida antigüedad; y entre otras cosas le dixo, que la propiedad de la piedra iman de mirar al norte era conocida de los Chinos mas hace de dos mil años.

„Un Chino con quien habiamos trabajado amistad, nos convidó á comer á una fonda famosa en los arrabales de Pekin, adonde fuimos todos, excepto el Embaxador. Nuestro amigo tuvo la atencion de enviarnos sillas de manos, y llegamos á un gran salon en que cabrian hasta ochocien-

tas personas , con muchos bancos y mesas. Tuvimos muy buena comida , y despues comedia y música. Pusieron despues varias mesas de juego , en que se jugó á los dados , y al alxedrez : este juego es muy antiguo en la China , y los Letrados declaman mucho contra él , porque cansa la cabeza , y distrae del estudio , haciendo perder mucho tiempo.

„El Emperador convidó al Embaxador á una cacería en una casa de campo : esta casa adonde fuimos todos , es muy deliciosa , pues un terreno inmenso se sembrado de collados artificiales , cubiertos de árboles de flores , que son muy comunes en la China. Los valles que hay entre los collados , están regados por mil arroyuelos , que serpean haciendo varios giros , y de trecho en trecho se reunen formando estanques y lagos. Á sus orillas hay varios edificios , que aunque baxos , tienen muy bellas fachadas , y están muy adornados en lo interior. Hay allí ademas de las habitaciones para la gente de palacio , una ciudad muy bella , construida en medio de este recinto para dar al Emperador el espectáculo de lo que pasa en las ciudades. En ciertos dias del año , los Eunucos representan todos los oficios , artes , comercios , el ruido , el concurso , el tumulto , y todo lo que se vé en las grandes poblacio-

nes, y como el Emperador se desdeña de ver estas cosas en su capital, es para él una gran diversion el verlas imitadas por sus Eunucos.

El día señalado para la cacería, se dió la señal de que venia el Emperador: todos los Grandes á pie y armados de arcos y saetas se formaron en fila desde la escalera hasta el bosque. El Monarca venia sentado con las piernas cruzadas en un palanquin conducido por quatro hombres. Tenia delante de sí su escopeta, su arco y su aljaba, y hacia algunos años que cazaba de esta suerte. En su juventud iba todos los veranos con sus hijos, y los Grandes de la Corte á cazar en los bosques y desiertos mas allá de la gran muralla, donde permanecía por dos ó tres meses sin llevar mas provisiones que las precisas, contentándose con comer de lo que cazaba en las selvas de la Tartaria. Su objeto era acostumar sus tropas á la fatiga: marchaba á veces al frente de un ejército de mas de quarenta mil hombres, como si fuese á alguna conquista, y perdía en estas cacerías mas caballos que en una batalla.

„Seguímosle hasta un gran bosque, donde nos formamos en semicírculo: el Emperador se colocó en el centro, teniendo sus hijos á la derecha, y al Embaxador á la

300 • EL VIAGERO UNIVERSAL.
izquierda : cerca de él estaba el Montero mayor con algunos lebreles, y el Halconero mayor con los halcones, que eran blancos como cisnes, con una ó dos plumas negras en las alas y en la cola. Ojearon muchas liebres, dirigiéndolas hácia el Emperador, el qual mató algunas á flechazos, y quando erraba el tiro, hacia señal á los Príncipes para que las persiguiesen, porque estaba prohibido disparar, ni salir de la fila sin orden expresa suya. Entramos en un parage cubierto de matorrales, donde matamos muchas perdices y faisanes: el Emperador dexó su arco, y tomó un halcon, el qual soltaba quando era necesario : el páxaro perseguia á su presa, y se la traia á su amo. Pasando despues á otra mayor espesura, hallamos gran número de caza mayor, pero nadie se atrevia á disparar hasta que el Emperador mató un ciervo; despues hizo señal á los Príncipes para que tirasen á los gamos.

„Despues de la cacería, el Emperador hizo participar al Embaxador, que iba á darle el espectáculo de la lucha de tres tigres, que se habian llevado de intento para este fin. Se habian plantado tiendas sobre una montaña artificial: la del Emperador estaba rodeada de varias filas de guardias, armados de lanzas, y de trecho en trecho colocaron otros para defendernos de

la furia de los tigres. Abrió la puerta al primero un hombre á caballo: el tigre salió al punto, pero en vez de seguir al que huía, empezó á revolcarse sobre la hierba. Levantóse despues, y comenzó á gruñir, y á andar de una parte á otra: el Emperador le tiró dos balazos, pero no le acertó, porque estaba muy distante. Entónces envió á decir al Embaxador, que disparase, y acercándose al animal con diez hombres armados de picas, le mató de un balazo. Soltaron el segundo del mismo modo; y como éste enfurecido quisiese saltar sobre las cabezas de los guardias, le mataron al pie de la montaña. El tercero luego que salió, corrió hasta la tienda del Emperador, pero le mataron como al segundo. Despues se sirvió una magnífica comida, y concluida, un oficial traxo al Embaxador la piel del tigre que habia muerto, como que le pertenecia segun las leyes de la caza.

„Como los asuntos que nos habian traído á la China estaban ya concluidos, el Embaxador se dispuso para volver á Rusia. El Emperador hizo conducir á nuestra posada los regalos destinados para el Czar, y se vió por los regalos que se hicieron recíprocamente estos dos Monarcas, que preferian las cosas curiosas á las de valor.

„Algunos dias despues, el Maestro de

ceremonias conduxo al Embaxador á la Audiencia de despedida : el Emperador le recibió con el mayor agasajo , y le manifestó su afecto y estimacion al Czar. Yo acompañé al Embaxador , y tuve la proporcion de observar atentamente la fisonomía y disposicion del Emperador. Era de una talla ménos que mediana , algo grueso , pero no tanto como lo que se tiene por belleza en la China : tenia el rostro abultado , y cubierto de hoyos de viruelas ; la frente ancha , la nariz pequeña , la boca bien hecha , y mucha gracia en la parte inferior del rostro. Sus modales tenían cierta nobleza , que anunciaban toda su grandeza , juntamente con muchas muestras de bondad. Esta era la figura del grande Emperador Cang-Hy , de quien se cuentan tantas maravillas. Chan-Chi , su padre , estando para morir , hizo llamar á sus hijos , y les preguntó , ¿quién de ellos se sentia con bastantes fuerzas para sostener una corona recién conquistada ? El primogénito , de edad de nueve años , se excusó con su corta edad : Cang-Hy , el mas niño , que solo tenia siete años , se arrodilló delante de la cama de su padre , y le dixo con mucha resolucion : „Padre mio , yo siento en mí bastante ánimo para encargarme del gobierno : no perderé de vista los exemplos de mis mayores , y me esmeraré en que

„todos vivan contentos con mi gobierno.” Esta respuesta agradó tanto al Emperador, que le nombró al punto por su heredero, baxo la tutela de quatro Señores. No tardó muchos años en reynar por sí mismo, y cumplió lo que habia prometido. Renunció al vino, á los deleytes, y á la indolencia: desde las quatro de la mañana hasta mediodia se ocupaba en leer las demandas de sus vasallos: lo restante del dia se empleaba en el exercicio militar, y en las artes liberales. Hizo tantos progresos, que él mismo exâminaba á los Chinos sobre sus libros, á los Tártaros sobre el arte militar, y á los Europeos sobre las matemáticas. Mostró el mayor valor en reprimir varias sediciones en su origen: era liberal con los soldados, afable con el pueblo, y muy severo con los Gobernadores acusados de algun delito. Por lo que hace á su religion, aborreció siempre la idolatría, leyó muchos libros christianos, protegió á los Misioneros, y les dió gruesas sumas para construir iglesias.

„Despues de habernos despedido del Emperador, pasó el Embaxador á la Secretaría de negocios estrangeros, donde le entregaron una carta del Emperador para el Czar. El Ministro le dixo que la debia considerar como la mayor prueba de la amistad de su Soberano al Emperador de

Rusia, porque el Monarca Chino no escribe á ningun Príncipe, sino quando es su tributario, y le envia sus órdenes. Para entender esto es necesario saber, que quando los Soberanos de Asia ó Europa envian Embaxadores á la China, sus reynos son puestos al punto en la lista de los tributarios del Imperio, y creen que los honran mucho, porque los Chinos tratan de bárbaros á todos los estrangeros. Los Rusos han tenido mucho que hacer para que se mude esta odiosa denominacion en favor de ellos solos.

„El original de la carta del Emperador estaba en Chino, y se sacó una copia de ella en Tártaro. Formaba un rollo muy largo, que se envolvió en una tela amarilla de seda: atáronla al brazo de un hombre, que la llevaba en triunfo delante del Embaxador, y todos los que encontramos á caballo, echaban pie á tierra, y permanecian en pie hasta que habiamos pasado.”

Aquí concluye la relacion de Mr. Bremend, la qual os dará idea del modo con que se recibe á los Embaxadores estrangeros en la China. Si algunos otros han sido recibidos poco favorablemente, ha sido por no quererse sujetar al ceremonial Chino; porque si faltan á alguna formalidad, el Emperador se dá por quejoso; co-

mo se prueba por un Embaxador Ruso, que por faltar á las ceremonias, dió motivo á que el Emperador diese sus quejas al Czar en una carta; en ella decia, entre otras cosas, que su Embaxador habia cometido muchas groserías, *Legatus tuus multa fecit rustice*, que fue como lo traduxeron los Jesuitas.



CARTA LXV.

Continuacion de la China.

Nuestro Misionero se ha ofrecido á ser mi guia y conductor, y entre otras visitas adonde me ha llevado, fuimos á ver una de las mas bellas imprentas de Pekin. Esta arte está muy distante de la perfeccion que tiene en Europa: se asegura que fue conocida de los Chinos en el siglo décimo de la Era Christiana, esto es, cerca de 400 años ántes que se inventase en Europa. Quizá les somos deudores de este descubrimiento, pues su modo de imprimir no es mas que un grabado en láminas de madera, como Gutemberg lo executó al principio en Maguncia. Tambien es digno de advertirse, que al principio no imprimíamos nosotros mas que por una cara, como lo hacen todavía los Chinos. Nosotros nos hemos visto precisados á mudar de método, y los Chinos han tenido que conservarlo: porque como las lenguas de Europa no se componen mas que de unas veinte y quatro letras, ó pocas mas, que con sus combinaciones pueden componer infinitos volúmenes, bastaba que tuviésemos

en nuestras imprentas cierto surtido de estos caracteres que los compositores van colocando en una tabla, y descomponen despues estas formas para componer otra materia. La índole y naturaleza de la lengua China no permite se use de este método, porque no habria cajas suficientes para colocar una fundicion de cincuenta mil caracteres de que se compone esta lengua, y por consiguiente han tenido que acomodarse á la práctica siguiente.

Los Autores hacen copiar sus obras por un habil pendolista, sobre un papel delgado transparente. El grabador pega cada una de estas hojas sobre una tabla de madera dura y pulimentada, y con el buril vá siguiendo las huellas de las letras, cortándolas en relieve, y ahondando lo restante de la madera en que nada hay escrito, y por esto la belleza de la impresion depende en parte de la perfeccion del manuscrito. De este modo se hacen tambien entre nosotros las viñetas y letras de madera. La ventaja que hay en este método es que el Autor no tiene que corregir pruebas, si su original está correcto; no se imprimen mas exemplares que á proporcion de la venta, y las láminas siempre subsisten. Sin embargo, esta práctica tiene muchos inconvenientes, pues es preciso multiplicar las formas sin poder apro-

vechar los mismos caractéres. Quando las láminas están grabadas, el papel cortado, y la tinta pronta, un solo hombre sin fatigarse puede en un dia tirar cerca de dos mil hojas. No se usan piensas en las imprentas de la China, porque las tablas, que son muy delgadas, no resistirian al peso de estas máquinas. Tienen dos balas, la una mojada en tinta para dar á las letras, y la otra, que es prolongada y suave, sirve para apretar el papel contra las letras, el qual no se moja como en nuestras imprentas, sino que se aplica seco sobre las formas. Los Chinos no imprimen mas que por una cara, porque la naturaleza de su papel no permite imprimir por ambos lados. Cubren sus libros con un carton pardo, con raso, tafetan, ó tisú de oro y plata.

Esta nacion no conocia los reloxes ántes de la entrada de los Misioneros: tienen cuadrantes solares, y otros arbitrios para medir el tiempo; uno de los mas notables es el siguiente. Tienen unas pastillas de olor de figura cónica, que arden durante la noche, con ciertas divisiones para distinguir las varias vigiliass. Los que quieren levantarse á una hora señalada, cuelgan con un hilo un peso de metal en una de las divisiones: quando la llama quema el hilo, cae el peso sobre una vacía de cobre, y

el ruido los despierta. Estas pastillas se componen de una madera aromática hecha polvo, del qual hacen una pasta mezclándole con alguna materia inflamable.

Quando un relox se descompone en la China, dicen que se ha muerto; los Misioneros los componen, y los venden como nuevos. Uno de los Misioneros, Aleman de nacion, es muy hábil en la relojería, y esta arte le proporciona el tratar con las personas mas distinguidas que le estiman, y por su respeto protegen á sus compañeros, sirviendo de mucho para los progresos del Evangelio.

Este buen Misionero nos conduxo un dia á una casa de campo de un amigo suyo cerca de Pekin: aquel dia habia concurrido mucha gente, porque la bondad del dueño de la casa facilitaba la entrada á todo el mundo. Sin embargo, quedé sorprendido de encontrar dos sugetos que no serian admitidos en ninguna sociedad decente entre nosotros. El uno era un eunuco, que despues de haber servido por muchos años en el harem del primer Ministro, habia conseguido su libertad. Yo no sé, dixé al Misionero, como se permiten en casas de forma éntes de esta especie, que encargados del oficio mas vil que hay entre los hombres, hacen consistir su honor en guardar las mugeres de otros; y se hacen despreciables por su mis-

ma fidelidad en cumplirlo. Aquí no se le considera, me respondió, baxo este aspecto: los Grandes de la China, así como los demas Asiáticos, tienen eunucos que les sirven de Consejeros y Confidentes; pero esto no impide, que yo piense como vós, de estos seres arrancados y separados de la especie humana, que hechos la hez y abominacion de los dos sexos, mas bien sirven para hacer infelices á las mugeres, que para dar seguridad á los maridos. La castracion es aquí una especie de comercio, y se executa con tanta destreza, que son muy raros los que mueren de esta operacion. Yo conocí á un hombre, que no sabiendo como mantenerse, se hizo castrar, y se vendió por eunuco.

La esclavitud es ménos dura én la China que en ninguna otra parte: la autoridad de los amos se limita á las obligaciones ordinarias del servicio, y sí se les probase, que habian abusado de su poder, tomándose alguna libertad torpe con las mugeres de sus esclavos, no seria facil que se librasen del castigo mas riguroso. Los esclavos por su parte son muy fieles á sus amos: si se enriquecen por medio de su industria los amos no pueden usurparles sus bienes, y se contentan con sacar de ellos grandes regalos.

La otra persona que estrañé ver en tan

honrada compañía, fue uno de aquellos hombres que presiden á los burdeles, y alquilan sus casas á rameras. Pero debo confesar, que estas casas no son freqüentadas sino por la gente del ínfimo pueblo, y los que tienen algun cuidado de su reputacion, no se atreven á entrar en ellas.

Pregunté á mi amigo, si entre toda la gente que allí veía junta, habia Abogados, Procuradores o Escribanos. Nada de eso, me respondió, se conoce en este país. Cada qual defiende su pleyto delante del Juez, y se dá la sentencia al punto: el que pierde el pleyto, rara vez escapa de los palos.

Á este tiempo ví entrar un hombre á quien todos mostraron mucho respeto: era un Letrado de la descendencia de Confucio, que como os he dicho, cuenta mas de dos mil años de nobleza. El Emperador nombra siempre un Letrado de esta casta por Gobernador de Rio-Teou, patria de este célebre Filósofo. Deseando yo mucho conversar con él, le saludé con el respeto debido á su nobleza: hallé que era un hombre muy atento é instruido, qual correspondia á un descendiente del Legislador de la China. Sus preguntas se dirigieron primeramente, á saber el objeto de mis viages: sin duda, me dixo: el amor de la sabiduría os habrá determinado á abandonar vuestra patria, y á renunciar los placeres de una

vida tranquila. Envidio vuestra suerte, pues yo seria uno de los primeros Chinos que por este mismo motivo dexarian su patria. Pero aunque hubiese entre nosotros muchos que os imitasen, nuestras leyes se oponen, pues está prohibido á todos los Chinos el viajar á otros paises por ningun motivo, á no ser de órden expresa del Emperador. La mayor parte de Chinos que se hallan esparcidos por varios parages de la India, son descendientes de aquellos que quisieron mas abandonar la China, que cortarse el cabello, quando los Tártaros ocuparon nuestro país. Un motivo tan frívolo jamás me obligará á dexar mi patria, pero yo desearia instruirme recorriendo como vos las varias regiones del universo. Aunque he nacido en un Reyno floreciente, no creo como casi todos mis paisanos, que los límites de nuestro Imperio sean los de nuestros conocimientos. He leído muchos de vuestros libros traducidos en Chino, y sobre todo he hecho un estudio particular de vuestros libros sagrados, los quales me dan la mas alta idea de vuestras leyes, de vuestra religion y moral. Nosotros tambien tenemos libros reputados por santos, y los distinguimos en varias clases, segun el grado de autoridad que les atribuimos. Contamos cinco libros del primer órden, á los quales tenemos tanta veneracion como vosotros á la Biblia. El primero

de estos libros, que atribuimos á Fo-Hi, nuestro fundador, no es mas que una tabla de figuras geroglíficas con explicaciones y comentarios, sacados de varios autores, y principalmente de Confucio, mi primogenitor. Este es el primer Autor que desenvolvió el confuso cahos de esta obra, atribuyendo parte de su doctrina á la naturaleza de los elementos, ~~parte á las costumbres~~ y al modo de gobernar á los hombres. El segundo libro contiene la historia de las primeras dinastias, con excelentes preceptos y máximas de buena conducta. El tercero es una colección de poesías, ya impías, ya devotas, ya libertinas, ya morales: el pueblo acostumbrado á respetar estos libros, no repara en la ~~irreligion~~ ~~libertinage~~ de estas poesías. El cuarto y el quinto fueron recopilados por Confucio; el uno es puramente histórico, el otro trata de los ritos, usos, ceremonias legales, y deberes de la sociedad civil.

Interrumpionos la conversacion un médico que nos ponderó mucho la excelencia de su arte. ¿Por qué, le dixé, sois vosotros tan contrarios á la sangria, aun en las calenturas mas violentas, siendo asi que nuestros Médicos de Europa la mandan aun en las enfermedades mas leves? Esto consiste, me respondió, en que la calentura es como una olla que está hirviendo, nosotros tene-

mos por mas acertado disminuir el fuego, que el licor de la olla, por temor de que no hierba mas. Recayó la conversacion sobre los diferentes arbustos que entran en la composicion de los remedios: aprovecheme de esta ocasion para instruirme sobre la propiedad de una raiz singular, por las virtudes que la atribuyen. Dicen que tiene alguna semejanza con las partes viriles, y que por esto la llaman *gin-seng*, ó representacion de hombre. Las propiedades de esta planta son admirables, y los Chinos recurren á ella en todas sus enfermedades: no hay diarrea, debilidad de estómago, &c. que no ceda al *gin-seng*: dicen que es admirable para restaurar las fuerzas perdidas, para facilitar la respiracion, purificar la sangre, reanimar á los viejos, dilatar la muerte, y para otros usos, sobre lo qual me contó el médico cosas increíbles. Estas virtudes, verdaderas ó supuestas, dan á esta raiz infinita estimacion entre los Chinos; y los Holandeses que la compran á precio de oro, hacen de ella un comercio muy lucrativo. Unas qualidades tan admirables la han adquirido los títulos de *simple espirituoso*, *puro espíritu de la tierra*, *grasa del mar*, *vehiculo de la inmortalidad* &c. Se cria principalmente en la provincia de Chan-Tong, y en la Tartaria China. El Emperador envia todos los años un destacamento de diez mil hombres para coger esta

preciosa raiz, cuya recoleccion esta prohibida á todos con penas muy severas. Despues que éste exército de herbolarios se ha repartido por el terreno con varios estandartes que plantan, cada tropa en número de doscientos se extiende sobre una misma linea hasta un punto señalado. Buscan despues con mucho cuidado esta planta, y en cierto número de dias recorren todo el terreno que se les señala. Los parages en que se cria el gin-seng están rodeados de una cerca, junto á la qual rondan continuamente muchos guardas para impedir que nadie vaya á coger esta raiz, pero á pesar de toda esta vigilancia, el ansia de la ganancia les facilita los medios para introducirse secretamente en aquellos desiertos, sin temor del peligro á que se exponen. El bástago del gin-seng, cubierto de una especie de bello, es por otra parte muy liso, bastante redondo, y de un color roxo obscuro, excepto en la parte inferior en que blanquea un poco por estar cerca de la tierra. Crece hasta la altura de unas diez y ocho pulgadas; junto á la cima produce algunos ramos, de donde nacen hojas oblongas, delgadas, y con picos en todo el contorno. Entre los varios modos de usar esta raiz, he aquí el mas usado: quando está seca, la hacen pedacitos, y la echan en un vaso de agua hirviendo, donde la dexan reposar, tapando

bien el vaso, hasta que el agua se pone tibia, y entónces la beben en ayunas. Guardan la raiz, y por la noche repiten la misma operacion pero no echan mas que una mitad de agua. Ponen á secar esta misma raiz al sol, y echándola despues en infusion en vino, produce muy buenos efectos. Esta raiz es tan estimada, que el Emperador Can-Hy creyó hacer un gran regalo al Czar, enviándole dos libras de ella. Lo que hace á las virtudes extraordinarias que la atribuyen, ~~yo creo~~ que hay mucha ponderacion, porque no las experimenté en mí, aunque la usé en las varias enfermedades para que dicen es muy eficaz. Tampoco doy crédito á lo que me contó el mismo Médico de la virtud de una especie de lagarto, que llaman *dragon de paredes*, porque anda por ellas, y tambien *guardia de las mugeres*, porque dicen que sirve para conservar su castidad. Dixóme, que los Emperadores acostumbran untar las muñecas de sus concubinas con un unguento compuesto de la carne de este animal, y suponen que las imprime una señal que no se borra mientras son castas, pero que desaparecen luego que cometen alguna infidelidad: cosa en extremo inverosímil y rídícula.

Entre estas conversaciones llegó la hora de comer, y la libertad del campo hizo suprimir una infinidad de ceremonias, y así

todos estuvimos muy alegres y divertidos. Estaba á mi lado un marinero, hombre de buen humor: habléle de la navegacion de los Chinos, y me contestó como hombre instruido y de juicio. Nuestra marina, me dixo, como habreis observado, es muy imperfecta, ya por el modo de construir los navíos, ya por el manejo de ellos. Nuestros navíos gruesos, propiamente hablando, no son mas que unas barcas muy baxas con un palo mayor, al qual se añade á veces otro muy pequeño. Tambien habreis observado, que en vez de velas de cáñamo, nosotros usamos de esteras de juncos, que son muy fáciles de manejar: nuestras ánclas no son de yerro, sino de madera: nuestros vageles son pesados, y vogan con mucha lentitud, por lo que nunca hacemos navegaciones largas. Todos los dias estamos viendo embarcaciones europeas, y admiramos su construccion; la de las nuestras es muy mala; peligrosa para la navegacion, y muy incómoda para los marineros: sin embargo, persistimos en nuestra antigua costumbre de construccion naval, creyendo que seria un gran delito el hacer la menor innovacion, y que se agraviaria á la Magestad del Imperio, como si la grandeza de un Estado consistiese en la conservacion de los errores antiguos.

No hay duda, le repliqué, que nuestra marina es muy superior á la vuestra; pero

si os excedemos en la navegacion por mar, es preciso confesar, que en los rios y canales teneis una destreza particular que nos falta. Con muy corto número de marineros conducis barcas tan grandes como nuestros navíos gruesos y vuestro modo de navegar por corrientes rápidas es muy singular y admirable. Venceis á la naturaleza, y pasais atrevidamente por parages, cuya vista nos causaria horror.

Entre los varios platos que se sirvieron á la habia de aquellos nidos de páxaros, de que tantas veces he hecho mencion: son admirables para las salsas, y muy provechosos para la salud, guisándolos con gin-seng. Despues de haberlos remojado en agua, los desmenuzan, mezclan con ellos ragitas de gin-seng, y rellenan con ello una gallina, la qual ponen á cocer en baño de Maria: despues dexan la vasija sobre rescoldo por toda la noche, y al dia siguiente se come todo junto sin sal ni vinagre, y para los Chinos es este el plato mas regalado.

Despues de la comida, que se concluyó temprano, porque los Chinos comen antes de mediodia, fuimos á pasearnos por algunas casas de campo de los contornos. En ellas se ven reunidas todas las bellezas, sencillez y agrado de la vida campestre, pareciendo mas bien obra de la naturaleza que del arte.

Unos arroyuelos cristalinos, cuyas orillas están cubiertas de árboles frondosos corren al rededor de estas casas, formando su cercado: allí se ven estanques, bosques, jardines, vergeles, huertas y tierras de labor. Aunque los Chinos tienen canteras de marmol en grande abundancia, no ví ninguna estatua en los jardines de los Grandes, ni aun en los del Emperador. La ménos conocida de todas las artes en la China es la escultura. Sus pintores se reducen únicamente á pintar paisages, esforzándose a par á la naturaleza. Un Misionero, llamado Atiret, que es aquí el pintor de palacio, me d xo varias veces que habia tenido que olvidar casi todo lo que habia apreheadido en Europa. En efecto, para conformarse con el gusto de la nacion, y con las ideas del Emperador, se habia visto precisado á formarse un nuevo estilo; esto es, que no se le pedia ningun quadro de composicion, sino solamente árboles, páxaros, flores, peces, animales de todas especies, y aun era preciso que todas estas bagatelas pasasen por el exâmen del Emperador, el qual en el diseño borraba, corregia, añadia lo que se le antojaba, dirigiendo la mano y el talento de un artista, condenado á no poder contradecirle en nada. ¿Cómo es posible, Señora, que con esta esclayitud puedan hacer progresos las Artes en la China?

Tomamos el camino de Pekin por la orilla del rio, donde vimos grandes plantíos de tabaco que dan á los Chinos grande ganancia; porque fuera del gran consumo que se hace en el país en que fuman todas las personas de todos estados y sexos, envian gran porcion á la Tártaria, donde se prefiere á todas las demas mercaderías. Su humo es muy suave, y tiene un gusto muy diferente del nuestro. Los Chinos conocen su uso muchos siglos hace.

Entrar en la ciudad encontramos las calles embarazadas con un inmenso gentío, que habia concurrido á ver la entrada de los Coréos. Porque habeis de saber, que los habitantes de la Península de Corea, que son tributarios de la China, envian todos los años por el mes de Marzo ó Agosto, quatro ó cincuenta personas, así para pagar el tributo al Emperador, como para comerciar. Traen toda especie de mercaderías de su país; y aunque es preciso considerarlos como de una misma nacion que los Chinos, y en algun modo como vasallos de este Imperio, sin embargo, no gozan de la menor libertad, durante su mansion en Pekin. Les está prohibida toda comunicacion así con los extranjeros como con los naturales del país, excepto en lo que toca á su comercio. Luego que llegan á la capital, se nombran dos Mandarines que pasan á su barrio, para ob-

servar los que entran y salen, informándose del motivo de su venida. En todas las esquinas de sus contornos se fixan edictos de la Corte, prohibiendo ir á verlos sin el permiso de los Magistrados encargados de este registro; y aun ponen guardas al rededor de sus casas para impedir toda correspondencia con ellos. Quando salen por algun negocio, los siguen los guardas con grandes látigos, para que nadie les hable, y no se atreven á entrar en ninguna casa sin su permiso. Es muy lucrativa la comision de los Mandarines que veian en su guardia; porque como no pueden traficar sino con cierta compañía, estos Magistrados sacan grandes sumas de los Coréos, y de la misma compañía.

El Reyno de Corea, cuyos habitantes son tratados con tanto desprecio en la China, eran naturalmente el camino que yo debia tomar para pasar al Japon, y por esto deseaba esperar á que los Diputados se volviesen; pero un Misionero, encargado de una comision para la Provincia de Fokien, me determinó á acompañarle en este viage: el principal motivo para tomar esta resolucion, fue la proporcion que se me ofrecia para pasar al Japon en un navío Holandés de Batavia, que iba á salir de Canton para Nangasaqui.

Esta es, Señora, la última carta que

322. EL VIAGERO UNIVERSAL.
os escribiré desde la China, y os confieso, que tengo el mayor sentimiento en salir de este pais. La última revolucion acaecida en 1644, sujetando la China á los Tártaros, acrecentó la extension y poder de este Imperio, pues añadió á sus antiguas posesiones una parte considerable de la Gran Tartaria. De este modo se ha aumentado este Imperio, no tanto por las conquistas, como por sus propias desgracias. Actualmente se halla en el mayor colmo de grandeza, que jamas ha tenido desde su fundacion: en lo interior goza de la paz mas profunda, que por mas de un siglo no ha sido interrumpida con ninguna guerra: por afuera, despues de su reunion con los Tártaros, no tiene casi enemigos que combatir. Añadid á esto sus demas ventajas, de que largamente os he hablado, y convendreis en que este es uno de los Imperios mas felices y brillantes de que se hace mencion en la historia.



CARTA LXVI.

Formosa, y otras islas adyacentes.

No os hablaré, Señora, de nuestra navegacion, ni de los demas sucesos de nuestro viage hasta las Islas de Le-Kieou, adonde nos arrojó una borrasca. Estas colocadas entre la Coréa, la Isla Formosa y el Japon, son en número de treinta y seis, y están sujetas á un mismo Rey. Este pais, me dixo el Misionero, no me es desconocido: el Emperador Cang-Hy envió á ellas un Embaxador en 1719, el qual á su vuêlta imprimió la relacion de su viage.

Este fue el primero que dió noticia circunstanciada de este Archipiélago, y merece mucho crédito, porque solamente refiere lo que vió y observó por sí mismo; y como tengo bien presente esta relacion, os haré un breve resumen de su contenido.

La isla mas considerable de este Archipiélago, en la que el Monarca tiene su residencia, se llama Lieou-Kieou; cada una de las otras tiene su nombre particular. El origen fabuloso de este pueblo, es que antiguamente un hombre y una mu-

ger nacieron en el gran vacío: de este matrimonio nacieron los habitantes de la isla, donde han reynado veinte y dos dinastías sucesivamente, y su duración ha sido de diez y ocho mil años. Tal es la necia antigüedad que se atribuyen estos Isleños, y están muy ufanos con estas fábulas. Pero no se tuvo noticia de estas islas hasta que al principio del siglo VII. de la Era Christiana, el Emperador de la China envió á reconocerlas con orden al Soberano para que le rindiese homenaje. La proposicion fue despreciada, y el Emperador de la China hizo embarcar un cuerpo de tropas de diez mil hombres. El Rey de Lieou-Kieou fue muerto en una batalla; los vencedores saquearon y quemaron la capital, hicieron más de cinco mil esclavos, y se volvieron á su pais. Los Emperadores siguientes renunciaron sus pretensiones sobre estos Isleños, y solo á fines del siglo XIV. se hicieron voluntariamente tributarios de los Chinos. Desde este tiempo sus Reyes han recibido siempre la investidura del Emperador de la China: he aquí como se hace esta ceremonia. Luego que muere el Príncipe reynante, el que debe sucederle, dá inmediatamente aviso al Emperador: los Isleños no esperan su respuesta para reconocer á su Soberano, pero no lo es en la Corte de Pekín hasta

despues de la instalacion hecha de orden del Emperador, que le concede el título de Rey. El Tribunal de ritos presenta al Monarca Chino un sugeto capaz de exercer con dignidad las funciones de Embaxador. El Príncipe le dá las instrucciones que juzga necesarias, le hace entregar los regalos destinados para el nuevo Rey, y le envia con una comitiva de quatrocientos hombres. Á la primera noticia de la llegada del Embaxador, los Príncipes, Grandes, y Mandarines de la isla, le reciben en trage de ceremonia, y le conducen con grande aparato al palacio que le está preparado, donde todo está arreglado para su manutencion y la de su comitiva. Despues de haber descansado algun tiempo, pasa al salon del palacio, y se colóca sobre un magnífico estrado. Un Mandarin dá la señal, y al punto todos los Grandes del reyno hacen las nueve prostraciones para saludar al Emperador de la China, representado por su Embaxador, el qual está en pie, y concluida la ceremonia, les hace una reverencia. Despues vienen de parte del Rey á darle la bienvenida, y lo restante del dia se gasta en banquetes, en fiestas y regocijos públicos. Al dia siguiente pasa con grande acompañamiento al salon Real, donde están las tablas con los nombres de los Reyes muer-

tos : el sucesor se halla presente , pero como simple particular. El Embaxador hace en nombre de su Soberano las ceremonias Chinas para honrar al Rey difunto , predecesor del reynante : éste repite las nueve postraciones para dar gracias al Emperador , y se informa de su salud : despues saluda al Embaxador , y come con él familiarmente. Quando todo está arreglado para la instalacion , el Embaxador con toda su comitiva , y un número infinito de pueblo , va al palacio , donde hay un sologio elevado para el nuevo Monarca , y hace leer en alta voz el diploma , en que el Emperador , su Señor , reconoce por Rey de Lieou-Kieou al Príncipe hereditario. Á esta declaracion se sigue una exórtacion al nuevo Rey para que gobierne segun las leyes , y al pueblo para que sea fiel á su Soberano. Despues de la lectura de estas cartas se las presentan al nuevo Monarca , y éste las entrega á su Ministro para que las guarde en el archivo : en fin , el Rey , los Príncipes y Grandes repiten por la última vez las nueve postraciones. Entónces el Monarca sentado en su trono recibe el homenaje de sus vasallos , y concluye el dia con el gran banquete que se dá al Embaxador. Al dia siguiente , el Monarca le hace una visita ; el Embaxador le recibe con respeto á la puerta de su aloja-

miento, y le conduce al gran salon. Allí el Príncipe se pone de rodillas para saludar al Emperador, y despues ofrece por sí mismo vino y thé al Enviado: éste lo reusa, presenta la copa al Rey, toma otra, y no bebe sino despues del Rey. Este se vuelve á su palacio, y nombra un Embaxador para ir á la Corte de Pekin á dar gracias al Emperador.

De uno de estos Príncipes se refiere un hecho, que tiene pocos exemplares. Juntó á los Grandes de su reyno para elegir un Ministro entre ellos, que se juzgase por mas digno de este empleo. Propusiéronle al Gobernador de una ciudad: el Rey le hizo venir, y le nombró Presidente de su Consejo: conociendo despues por sí mismo su gran capacidad, le declaró por Réy, sin reservarse para sí y para sus hijos mas que una renta moderada.

La mayor parte de las otras islas no tienen nada de notable: lo perteneciente á la religion, costumbres y usos de estos Isleños, es mas interesante. Habrá cerca de novecientos años que los Bonzos de la secta de Foe pasaron de la China á este Archipiélago, donde introduxeron su idolatría: esta es al presente la religion dominante de la Corte, de los Grandes, y del Pueblo. Quando estos Isleños hacen promesas y juramentos, quemán perfumes, pre-

paran frutas, se mantienen en pie con mucho respeto delante de una piedra, y pronuncian algunas palabras que tienen por misteriosas. En las plazas públicas, en las calles, y sobre las montañas, se ven piedras destinadas para las promesas y los juramentos de importancia. Hay mugeres consagradas al culto de los espíritus, sobre los cuales se atribuyen un supremo poder: visitan á los enfermos, prescriben remedios, y rezan oraciones.

La pluralidad de mugeres es permitida en esta isla, pero no se pueden casar con ningun pariente, aunque sea en grado muy remoto. Las mugeres son muy reservadas: no usan de arrebol, ni de pendientes en las orejas: llevan el pelo atado en rodete sobre la cabeza, atravesando grandes agujas de oro ó plata, como se acostumbra en algunas provincias de España. Son muy raros los adúlteros, homicidas y ladrones en este pais.

El respeto á los muertos no es inferior al que les tienen en la China: el luto se guarda con igual puntualidad; pero no hacen tan grandes gastos en los funerales y sepulturas. Queman la carne del cadaver, y guardan los huesos. Delante de los sepulcros ponen velas encendidas, queman perfumes, y en ciertos dias van á llorar á las sepulturas.

Hay aquí nueve clases de Mandarines como en la China, igualmente distinguidos por sus vestidos. Muchos de estos empleos son hereditarios, y otros están reservados para el mérito. Los labradores, pescadores, y jardineros, tienen la mitad del producto de su industria; y como los propietarios están obligados á pagar ciertos gastos, no perciben mas que una tercera parte del producto de sus bienes.

Los Mandarines, los Grandes, y aun los Príncipes, no pueden usar mas que de dos hombres para sus sillas de manos; solamente el Rey puede llevar todos los que quiera. Sus equipages son á la moda del Japon, como sus armas y vestidos. En general, han tomado de sus vecinos los Chinos y Japoneses lo que les ha parecido mas cómodo. El Rey tiene la propiedad de muchas tierras; con el producto de éstas, de las salinas, del azufre, del cobre, del estaño &c., paga las rentas de los Mandarines y Oficiales.

Hay muy pocos pleytos por los bienes y las mercaderías; y casi ninguna aduana ni impuestos. Solamente las mugeres van á los mercados, sin que se vea en ellos á ningun hombre. Medias, zapatos, aceyte, huevos, pescados, gallinas, sal, azucar, pimienta, legumbres, hierbas, son las cosas que ellas venden y compran, ya trocando

unos géneros por otros, ya con moneda de cobre de la China y del Japon. Hay ferias, tiendas, y almacenes para las maderas, telas, granos, drogas, metales, muebles, ganados, &c. En todas estas islas hay manufacturas de seda, de lienzo, papel, armas: tienen hábiles artífices para trabajar el oro, la plata, el cobre, el hierro, y otros metales: gran número de barcas y navíos, no solamente para pasar de una isla á otra, sino tambien para ir á la China, al Japon, á Formosa, &c.

En estas islas hay Tribunales para las causas civiles y criminales, para los graneros públicos, el comercio, las manufacturas, la navegacion, los edificios, la literatura, la guerra, &c. Los Bonzos esparcidos por todo el reyno tienen escuelas para enseñar á leer á los niños. Las cartas familiares, las cuentas, las órdenes del Rey, están escritas en la lengua del pais con caractéres Japoneses: los libros de moral, de historia, de medicina, de astronomía, se escriben con letras Chinas. Los edificios están contruidos segun el gusto de ambas naciones; y en la mayor parte de ellos hay inscripciones compuestas en las dos lenguas.

Estas islas abundan en todo lo que es necesario para la vida, y aun para el luxo: hay en ellas toda especie de granos,

de frutas, de árboles y animales, exceptuando los lobos, tigres, osos, liebres y gamos. Los habitantes son naturalmente afables para los extranjeros, sagaces, laboriosos, sóbrios, y aseados en sus casas: son aficionados á los juegos y á las diversiones, y reyna en las familias la mayor union, la qual se conserva con los freqüentes banquetes que se dan unos á otros.

Tales son, Señora, estos Isleños, á quienes apenas descubrimos desde las costas: luego que el tiempo nos lo permitió nos hicimos á la vela, y llegamos á la Isla de Tai-Wan. Los Portugueses la llamaron *Formosa*, ó *Hermosa* por su hermosura y amenidad, y este es el nombre con que se la conoce en toda Europa. Los árboles están allí dispuestos con tan bello orden, que toda la parte meridional parece una inmensa arboleda. La China tiene pocas ciudades comparables á Tai-Wan, su capital, en la riqueza y número de sus habitantes. Sus calles están tiradas á cordel, y muchas de ellas corren de un extremo á otro de la ciudad. Sus casas, cuyos techos son de paja, y las paredes de tierra, no dexan de tener cierta belleza en tiempo de los grandes calores, porque entónces las calles están cubiertas de toldos que ocultan los techos de los edificios, y no dexan descubierta mas que la parte inferior, en que se

ven tiendas adornadas con las mas bellas mercaderías: las telas de seda, vasos de porcelana, y obras barnizadas, presentan una perspectiva de las mas agradables.

La parte mas habitada de la isla pertenece á los Chinos, y es de la jurisdiccion de la Provincia de Fokien, de donde van y vienen navíos continuamente. Hay aquí tres Gobernadores subordinados al de la capital, el qual depende del Virrey de Fokien: estos Oficiales están encargados de observar lo que entra en la isla, y lo que sale de ella. No es permitido, ni aun á los Chinos, el establecerse en esta isla sin pasaportes y fianzas; porque están persuadidos á que el que se apoderase de este pais, seria bien pronto dueño de todo el Imperio. Por esta causa mantienen aquí una fuerte guarnicion, cuyos Comandantes se mudan de tres en tres años, y á veces ántes.

Este pais suministra todo lo necesario para el sustento y para el regalo: las frutas son abundantes y deliciosas, y entre otras, hay naranjas, ananas, cocos, y otras producciones del Asia, y juntamente se ven allí las frutas mas excelentes de Europa. Pero lo mas esquisito de esta isla son las zandías, de forma algo prolongada, y á veces redonda, cuya carne es roja, y es el mayor regalo de las mesas

en la China. Los géneros mas comunes y baratos que allí se encuentran, son el tabaco y la azucar, y no acaban de creer los naturales, que en Europa cuesta tanto dinero lo que allí se vende casi de valde.

Formosa abunda en todo género de aves y de caza: no se ven allí lobos ni tigres, osos ni leopardos. Los bueyes sirven para cabalgar, y les ponen sillas y bridas como á nuestros caballos, pero las sillas, mas largas que las nuestras, pueden contener hasta tres personas. El ayre es puro, el cielo sereno, y el agua excelente: esta isla, bien diferente de aquellas metrópolis que absorben la subsistencia de las provincias, provee á las demas que dependen de ella. Los Holandeses habian construido un fuerte á la extremidad de la isla; pero ya no queda ningun rastro de este edificio, aunque se conserva su nombre, que es el *castillo de cabellos rubios*, porque este es el nombre que dan en la China á los Holandeses.

Aunque Formosa está poco distante de la China, parece que los Chinos no la conocieron ántes del siglo XV. Un Mandarín volviendo de las provincias occidentales, arribó á esta isla, y se detuvo en ella algun tiempo para informarse de la naturaleza del pais, y de los habitantes. Sus cabañas rústicas, su desprecio del oro, pla-

ta, muebles, vestidos &c., hicieron que el Mandarin los mirase con desprecio, como un Sibarita huiria de Lacedemonia, por lo que esta visita del Mandarin no tuvo consecuencia. Cien años despues una esquadra Japonesa entró en ella sin resistencia. Un navío Holandés fue arrojado á esta isla por una tempestad; el pais pareció tan bello á su Capitan, que solicitó de los Japoneses el permiso de construir una casa á la entrada del puerto, y esta casa se convirtió en el Fuerte de que os he hablado. Los nuevos huespedes arrojaron de allí á sus bienhechores, y se apoderaron del pais sin ninguna resistencia de los naturales, enemigos de la guerra y de caracter humano. Un Corsario despojó de esta conquista á los Holandeses, y gobernó la isla con título de Rey, que dexó en herencia á sus sucesores. Estos se sometieron los Chinos, los quales enviaron una colonia, fabricaron ciudades, y establecieron en esta isla su gobierno, leyes y costumbres.

Por lo que hace á los antiguos habitantes de esta isla son corpulentos y bien dispuestos; su color es cetrino, y el cabello liso, que les cae sobre los hombros. Las mugeres son pequeñas, gruesas, y robustas. El vestido de los hombres es un pedazo de tela que les rodea el cuerpo des-

de la cintura hasta las rodillas; pero al norte de la isla tienen vestidos de pieles, parecidos á los pellicos de nuestros pastores. Andan desnudos en cierta estacion del año, creyendo que sino lo hiciesen, sus dioses no les enviarian lluvia, y seria mala su cosecha: si en este tiempo se encuentra á alguno vestido, se le confiscan sus vestidos, y se le condena á una multa. Algunos imprimen sobre su carne figuras grotescas de animales, árboles, y flores, y esta distincion que no se concede sino á los que sobresalen en la carrera ó en la caza, les cuesta muy caro, porque los expone á dolores tan agudos, que los matarian, si toda la operacion se hiciese de una vez. Por esta razon la van haciendo poco á poco en el discurso de muchos años, y de este modo los dolores son mas tolerables. Los pendientes de las orejas, los brazaletes, sartas de cuentas, y plumas de faisanes son el adorno ordinario de los dos sexos. Está prohibido á los hombres, hasta la edad de diez y siete años, el llevar el cabello largo: los cortan por debaxo de las orejas, y se arrancan el pelo con espinzas de hierro. Á los diez y siete años dexan crecer la barba y el cabello, y quando está bastante crecido, tratan de casarse. Las mugeres jamas se cortan el cabello, y las casan luego que tienen

la edad competente. Estos casamientos se hacen sin ceremonia, y con una buena fé, que nada tiene de bárbaro. Quando un joven encuentra una moza de su gusto, vá por espacio de muchos dias á su puerta á darla música: si la moza admite sus obsequios, se presenta á él, y se arreglan entre ellos las condiciones. Los padres hacen los preparativos de la fiesta, la qual se celebra en la casa de la novia, y en ella establece el novio su morada, lo qual considera el suegro no como una carga, sino como un beneficio para su familia. De aquí es que gustan mas de tener hijas que hijos varones, porque aquellas les procuran yernos que son el apoyo de la casa. Aunque las mugeres se casan muy jóvenes, no las es permitido parir hasta la edad de treinta y cinco años: quando están preñadas antes de esta edad, dicen que las Sacerdotisas las hacen abortar, dándolas golpes en el vientre. El parir antes de la edad prescrita, no solamente es una infamia, sino un delito; y hay mugeres que han estado preñadas diez veces antes de que se las permita ser madres.

El arroz es el alimento ordinario de esta nacion, y quando quieren regalarse con algun manjar extraordinario, van á cazar ó á pescar, y comen la carne medio cruda, la qual, y todos los demas man-

jares se presentan á la mesa sobre una tabla, ó sobre mimbres. Sus deseos no exceden de sus necesidades físicas, y éstas son muy fáciles de satisfacer. Esta vida sencilla y uniforme les procura la salud y el vigor del cuerpo; solamente les falta el ser libres.

Los Chinos que los han subyugado, les han dexado algunos restos de su antiguo gobierno. Cada aldea elige por sus Jueces á tres ó quatro de los habitantes mas ancianos, de integridad conocida, que deden con poder absoluto en todo género de pleytos. El que rehusase someterse á su sentencia, seria desterrado al punto, sin esperanza de volver al pais, y no se le admitiria en ninguna parte de la isla. Estos Magistrados se mudan todos los años; y los que acaban de salir de estos empleos, se arrancan las cejas y el pelo de los dos lados de la cabeza, como para insignia de su autoridad pasada. En los negocios de importancia, estos Jueces del pueblo congregan á todos los padres de familia á ciertos parages señalados, y conferencian entre sí sobre la providencia que se debe tomar. Se pondera mucho la elocuencia de estos ancianos, que hablan con mas facilidad y energía que los Europeos mas hábiles, aunque no saben escribir ni leer, cosa nada estraña, pues la natura-

leza y la costumbre valen mas que todos los preceptos del arte. Mientras que el orador habla, todos los demas observan el mas profundo silencio: luego que cada uno de ellos ha concluido su arenga, se delibera sobre el asunto, y se decide á pluralidad de votos.

Quando el arroz empieza á madurar, está prohibido á los Magistrados comer azucar, beber vino, y mascar betel: el que faltase á alguno de estos tres preceptos, no solo seria mirado con el mayor desprecio, sino que creen que sus dioses enviarian javalies y ciervos que les destruyesen sus sembrados; porque están persuadidos, que los Jueces deben dar exemplo de abstinencia, y que sus faltas atraen la ira de sus dioses.

La principal obligacion de estos Jueces es prescribir la satisfaccion, que se ha de dar por las ofensas, no prendiendo, ni castigando á los reos con penas corporales, sino condenándolos á multas mas ó ménos considerables, segun la gravedad del delito. Estas multas se reducen á cierta porcion de arroz, algunos jarros de vino, varas de tela &c.

Esta nacion, muy amante de la justicia y de la humanidad, no conoce el robo, el fraude, ni los pleytos: «Nosotros gozábamos, nos dixo uno de estos ancia-

nos, de la mayor paz, tranquilidad, é inocencia: viviamos contentos en este estado quando los Chinos vinieron á visitar la parte de la isla que está á la falda de las montañas. Se les recibió con agrado, porque creemos que la hospitalidad es una virtud. Ignorábamos su designio, y no nos cuidábamos de penetrarlo, porque no somos desconfiados. Descubrieron algunos tejos de oro, que se hallaban como despreciados en algunas de nuestras cabañas: esto era precisamente los que ellos buscaban, porque les habian dicho que en la parte oriental la naturaleza habia colocado minas de oro. Su avaricia se inflamó con la vista de este metal, cuyo valor nosotros no conociamos. Dieron á entender querian mostrarse agradecidos á los generosos bienhechores, que con tanto amor los habian acogido; pero habiéndolos embriagado en un banquete, los degollaron, les robaron su oro, y se huyeron. Al oir esta funesta noticia, baxamos de nuestras montañas, tomamos las armas, destruimos á sangre y fuego algunas habitaciones Chinas de la parte occidental, y no perdonamos á mugeres ni á niños. Desde este tiempo juramos hacer eterna guerra contra los Chinos. Si nuestros hermanos de los llanos, á quienes nunca hemos cesado de amar, estuviesen ménos afeminados, y se junta-

ven con nosotros, seria fácil arrojar de la isla á estos tyranos, y recobrar nuestra libertad. Quando los oprimen, imploran nuestro socorro, ó se refugian entre nosotros; entónces les decimos: „Nuestro gobierno es suave; juntémonos, unámos nuestras fuerzas, rechazemos á nuestro enemigo comun.“ Ellos nos escuchan; pero luego que les prometen tratarlos con mas dulzura, se vuelven á los llanos, y cargan de nuevo con sus cadenas.”

Hay tan grande igualdad entre estos Isleños, que los nombres de amo y de criado son desconocidos; pero no por eso dexan de respetarse mutuamente. Los viejos son tan venerados, que los jóvenes tienen que apartarse del camino para cederles el paso, volverles la espalda por respeto hasta que hayan pasado, y permanecer en esta postura, aun quando se parasen para hablarles. ~~No es necesario advertir~~, que á los viejos se les ceden siempre los primeros puestos, y que en los banquetes se les sirve los primeros.

Estos Montañeses, situados entre minas de oro y de plata, no hacen ningun caso de estos metales. Aunque están perpetuamente en guerra con los Chinos, son los hombres mas humanos de todo el mundo: juntamente son mas castos y caritativos que los de los llanos, y no conocen

ninguno de los vicios de las sociedades corrompidas, de suerte que no tienen palabra para expresar el adulterio, ni idea de este delito. Hay algunos caseríos ó aldeas en que los maridos no habitan con sus mugeres, y solamente van de noche á estar con ellas, levantándose ántes que amanezca: durante el dia no van á verlas, á no ser que ellas los envíen á buscar, ó viéndolos pasar, los llamen.

La larga mansion que han hecho los Holandeses en Formosa, ha esparcido en esta isla algunas ideas del verdadero Dios, como son la distincion de las tres Personas de la Santísima Trinidad, el conocimiento de la Creacion, y del Bautismo. Como estas pobres gentes apenas tienen cabañas, no es extraño que no tengan templos, pero ofrecen sacrificios. Las mugeres hacen oficio de Sacerdotisas, y afectan una especie de éxtasis, acompañado de convulsiones. Se despojan de sus vestidos, hacen mil contorsiones indecentes, y concluyen embriagándose en honor de sus dióses.

Quando muere uno de estos Montañeses, es un dia de regocijo para toda la aldea. Colocan el cadaver sobre un tablado; congregan al pueblo al son de un tambor; las mugeres traen arroz y vino; y despues que han bebido bien á la buena memoria del difunto, se ponen á danzar haciendo

un ruido sordo y lúgubre. Quando las primeras dañárinas se cansan, ceden su lugar á otras; y este exercicio dura muchas horas. Al dia siguiente encienden una grande hoguera al rededor del cadaver para secarle, y esta práctica se renueva por nueve dias continuos, durante el qual tiempo se regalan con tocino, que es el manjar mas estimado en este pais. Despues envuelven el cadaver en una estera, le dexan por tres dias en un lugar apartado, y le entierran en la casa con las mismas ceremonias de banquetes y danzas.

Quando un enfermo padece grandes dolores, sus compañeros le despenan prontamente, acelerándole la muerte, y están muy distantes de pensar que sea un acto de inhumanidad, porque dicen que esta accion procura á un mismo tiempo la libertad de su amigo, y una fiesta á toda la aldea.

Estos Isleños creen que despues de esta vida sus almas pasan por un puente muy estrecho, debaxo del qual corre un canal lleno de inmundicias; que los malos caen en él, y están padeciendo eternamente; al contrario, los buenos entran en un sitio delicioso, donde se exercitan y divierten, como fingian los Griegos de sus campos Eliseos. Los pecados que creen estos Isleños les acarrean la condenacion, no son

el robo, el homicidio, ó la fornicación; pero lo que tienen por delito irremisible y digno de las inmundicias eternas, es haber llevado vestidos de seda en tiempo en que se deben llevar de algodón, haber parido una muger ántes de los treinta y cinco años, no haberlas hecho abortar, y sobre todo, haber cubierto en cierta estacion lo que no se puede descubrir sin pecar en otros países.

Antes de concluir esta carta, me ha parecido no os seria desagradable leer la representacion que hizo al Emperador de la China el último de los Reyes de Formosa. Este, siendo muy jóven, y viéndose acometido por sus vecinos, temiendo caer en sus manos, y prefiriendo una esclavitud voluntaria á la guerra, resolvió someter sus estados al Emperador Chino; y para este fin le escribió la carta siguiente.

„Quando postrado á los pies de V. M. considero la grandeza de la China; quando veo que de tiempo inmemorial se ha mantenido siempre con esplendor; que un número infinito de Reyes se han sucedido unos á otros, no puedo ménos de confesar, que esto es un efecto de la providencia del Tien (*del Cielo*), que ha escogido vuestra ilustre casa para gobernar á todo el mundo habitable. El Tien no ha hecho esta mutacion sino para perfeccionar las cin-



es virtudes, como se vé claramente por el buen orden, y la felicidad de todo lo que V. M. ha emprendido.

„Quando pienso con humildad en mis antepasados, veo que tuvieron un verdadero afecto á sus Soberanos; y de este modo procuraron agradecer los beneficios que habian recibido de la dinastía precedente, en un tiempo en que mi casa no habia recibido ninguno de vuestra gloriosa dinastía. Este afecto á su Príncipe fue lo que obligó á mi abuelo á salir de la China, y venir á desmontar las tierras incultas del oriente. Mi padre era un Letrado que no se hubiera atrevido á exponerse al borde de un precipicio: semejante á los Reyes de Yelang, se ocupaba enteramente en gobernar é instruir á su pueblo, reduciéndose á este rincon de tierra en medio del mar, sin tener mas deseos.

„Hasta ahora he gozado de los beneficios de mis mayores, sin cesar de manifestarles mi agradecimiento, trayendo continuamente á la memoria los beneficios que recibieron del Tien, sin pensar en extender mis dominios.

„Ahora considero á V. M. semejante al sol, que con su grandeza y elevacion cubre todas las cosas, y á la tierra, que con su solidez las sostiene: siempre propenso á hacer bien, y á reprimir los efectos de

su justicia, con la qual gobierna la Isla. Ahora que veo á V. M. semejante al sol que nace, cuya luz se esparce en un instante por toda la tierra, luego que este astro sube sobre el horizonte, y disipa en un momento las ligeras nubes que estaban sobre la tierra; ahora, digo, ¿cómo me atreveria yo á pensar en otra cosa, que en mi perfeccion? Esto es lo que yo, hombre extranjero, considero como el único medio de vivir contento.

„Si yo pensase en hacer pasar mis navios hácia la China, confieso que cometeria una gran falta: pero ay!; qué ha quedado de aquella sangre que vino á Tai-Wan! ¿No es como un debil rocío que cae por la mañana, y se disipa luego que sale el sol? ¿Cómo osaria yo emprender nada contra V. M.? Mi corazon le está enteramente sumiso; lo protesto á V. M. en esta carta, y lo verá por los efectos.

„Conozco al presente, que no he andado por el buen camino, y en lo sucedido no me atreveré á caminar libremente, siguiendo al Kiling. Deseo con vehemencia ver que el cielo y la tierra no forman mas que un todo. El pobre pueblo de la isla no pretende poder embriagarse y saciarse de manjares. Si se le trata con dulzura estará mucho mas sumiso. La índole de los peces es ir á los parajes donde las aguas

están mas profundas, porque nunca lo pueden estar demasiado para su seguridad, en medio de las ondas del mar pueden gozar de una larga vida. Para fianzar todo lo que represento á V. M. en esta súplica, juro y deseo que el sol no me alumbré jamas, sino deseo esto en mi corazon."

El Emperador de la China respondió á este memorial, mandando al Rey, que viniese á Pekin. El Rey obedeció, y renunció los honores de su dignidad por ir á vivir tranquilamente en la clase de particular en una Corte estrangera. Al mismo tiempo pasó á Formosa una colonia China, que construyó en ella ciudades, y estableció allí su gobierno, como ya he dicho.

Acaba de llegar aquí un navío de Batavia, que vá dirigido á Nangasaqui: el Capitan que le manda es un Holandés, á quien conocí en Ceylan. Este feliz encuentro me escusa de ir á Canton, y me proporciona una ocasion favorable para ver el Japon. En el mismo navío viene otro Holandés, con quien trabé amistad en Surate, á quien el Gobierno de Batavia ha nombrado por Director de su comercio en Nangasaqui. Este es un empleo importante y muy lucrativo, pero el que lo obtiene, no permanece en él mas que un año: concluido este término, está obligado á vol-

verse en el mismo navío que conduce
su sucesor. Una de sus principales obliga-
ciones es ir todos los años á Jedo con
una numerosa comitiva, para saludar al
Emperador, darle gracias de sus beneficios,
y presentarle los regalos acostumbrados. Esta
es la única coyuntura de que se puede apro-
vechar un viagero para visitar este rey-
no, que no es ménos inaccesible por las
dificultades naturales de su situacion, que
por el rigor de las leyes. El nuevo Di-
rector me ha dado palabra de que me
permitirá le acompañe en esta embaxada.
Esta casualidad me ha favorecido aun mas
de lo que yo esperaba, pues al tiempo
que iba á separarme de mis antiguos ami-
gos, he encontrado otros que me propor-
cionarán toda la facilidad y comodidad po-
sibles para executar mi proyecto. Debemos
embarcarnos dentro de breves dias, y es-
pero escribiros poco tiempo despues de ha-
ber llegado á Nangasaqui, que es la única
ciudad del Japon, adonde pueden llegar los
extrangeros, y aun este permiso no se con-
cede sino á los Chinos y Holandeses, que
son tratados allí mas bien como prisione-
ros, que como hombres libres, que debe-
rian gozar del derecho de gentes y del
de la hospitalidad.

Adición al viage de la China.

La gran variedad que se advierte en las relaciones de la China, publicadas por personas que han visitado aquel Imperio, me ha obligado á poner el mayor esmero en rectificar las noticias del viajero Francés, que se muestra demasiado crédulo de las relaciones de los Jesuitas. Estos Misioneros por causas harto notorias se empeñaron en representarnos el Imperio de la China, como el clima mas privilegiado de la naturaleza, su gobierno como el modelo mas perfecto que se haya conocido, y á la nacion como la mas apreciable por todas sus circunstancias: en una palabra, nos pintan á los Chinos como gigantes en comparacion de las demas naciones. Algunos críticos, hallando en estas mismas relaciones suficiente fundamento para desconfiar de la verdad de sus noticias, han tomado el opuesto rumbo, hablando con el mayor desprecio de todas las cosas de la China. Yo he procurado evitar estos dos extremos, y así se habrá observado que inserto con la misma imparcialidad lo bueno que lo malo, mezclando con el texto de Mr. Laporte lo mas curioso y cierto que he podido recoger, evitando de este modo el añadir mas notas.

Para que nada falte á este viage de la China, he tenido por conveniente hacer un breve extracto del que ha hecho el Lord Macartney desde el año de 1792, hasta el de 1794, publicado por Mr. Anderson, que le acompañó en esta embajada. Por no molestar con repeticiones, solo extractaré lo que no se halle notado en lo que ya he publicado de la China.

Extracto del viage del Lord Macartney.

El Lord Macartney llegó á la desembocadura del rio que conduce á Pekin, por el mes de Julio de 1793, con su escuadra compuesta del navío Leon de sesenta y quatro cañones, y tres embarcaciones menores. Al acercarse á la desembocadura del rio hallaron varios jonques ó barcos dispuestos para recibir al Embaxador y á su comitiva: dos Mandarines de primera clase le esperaban en la ribera.

Quando llegamos á Pekin, encontramos una casa magnífica, adornada á costa del Gobierno, y provista abundantemente de víveres para toda la comitiva. La escuadra fue enviada á un puerto que está á quatro dias de navegacion de Pekin hácia el sur.

Lo primero que nos ofendió mucho en

los usos de los Chinos, fue su grosería y poca limpieza en la comida. El pan de los Chinos no tiene levadura, ni se cuece en hornos, de suerte que es una masa mal cocida; forman de la masa unas tortas que colocan sobre unos palos atravesados en el centro de una caldera llena de agua. Cuando ésta empieza á herbir, cubren la caldera con una especie de capitel. El vapor del agua que recibe por algunos minutos es el único cocimiento de este pan; y por consiguiente no podíamos comerlo, sino cortándolo en rebanadas, y tostándolo al fuego.

Todo lo que supimos de la indiferencia de los Chinos acerca de la elección de las comidas, nos hizo mirar con asco su cocina: no solamente comen de todos los animales sin distinción alguna, sino también de los que mueren de enfermedad. Creímos al principio, que esto sería peculiar de la gente pobre; pero despues vimos que hasta los Mandarines practicaban esta grosería, capaz de quitar el apetito al Europeo ménos delicado y mas hambriento.

La opinion de que las mugeres Chinas se reservan de la vista de los estraños, tiene muy poco fundamento, ó ninguno, porque entre el inmenso gentío que concurrió en Pekin á vernos pasar, habia á lo ménos una quarta parte de mugeres, y en ellas se

advertia el mismo espíritu de curiosidad que en las de Europa.

Las mugeres que vimos al atravesar por Pekin, tenían muy bellas facciones y un color gracioso; pero advertimos que tambien se pintan con color blanco, y añaden el roxo, pero de distinto modo que las Europeas, pues solamente se lo aplican en medio de los labios haciendo una raya de color muy vivo. Tienen los ojos pequeños, pero muy vivos; sus brazos son demasiado largos y delgados.

Habiéndose parado nuestras carrozas por el tropél de la gente, me aproveché de esta ocasion para apearme; y acercándome á una gran tropa de mugeres que se hallaban juntas, me atreví á dirigirles la palabra, diciéndolas *Cho-au*, que quiere decir *bella*. Se mostraron en extremo agradecidas á mi cumplimiento, y rodeándome con un ayre de modestia y urbanidad, examinaron la forma de mis vestidos y la calidad de la tela. Quanto los coches empezaron á andar, me despedí de mis cortesés Chinas, cogiéndolas la mano, que me alargaron con el modo mas agradable. Los hombres que estaban presentes léjos de darse por ofendidos de mi franqueza, me parecieron quedar muy contentos del obsequio que habia hecho á sus mugeres. De aquí se puede inferir, que los zelos de los Chinos son demasiado pondera-

dos, y que las Chinas, por lo ménos, las de Pekín gozan de una decente libertad.

Como el Emperador se hallaba en su residencia de Jehol en la Tártaria, tuvimos que detenernos en Pekin, esperando las órdenes de la Corte, ó para permanecer en esta capital, ó para pasar á Jehol. En este tiempo recibió el Embaxador varias visitas de Mandarines, entre los quales habia algunos Franceses, que habian sido Jesuitas, y que no pudiendo predicar la Religion en este país, habian adoptado los usos y costumbres de la China. El Emperador para recompensarlos por sus talentos y servicios, los habia elevado á la dignidad de Mandarines. Estos Franceses bien instruidos en los intereses de la nacion que los habia adoptado, dieron esperanzas al Lord Macartney del buen suceso de su embaxada.

Luego que llegó la orden de que el Emperador queria recibir la embaxada en su residencia de Jehol, donde pasa el verano, y que dista ciento sesenta millas de Pekin, nos pusimos en camino con los regalos que se pudieron transportar, dexando en la capital los cañones, morteros, y otros regalos muy dificiles de conducir. El camino á trechos presentaba el terreno mas ameno y bien cultivado; pero no era tan ancho y cómodo como los que habiamos visto hasta llegar á Pekin. Pasamos la gran muralla, obra

asombrosa, que corre por el espacio de mas de seiscientas leguas, su altura será de treinta pies, con veinte y cinco de ancho: en la parte inferior es de piedra, y lo superior de ladrillo. Pero esta obra tan costosa es enteramente inútil, y se vá arruinando por varias partes, de suerte que antes de muchos años no será mas que un monton de ruinas.

Á pocos dias de nuestra llegada á Jehol, recibió el Embaxador aviso de que al dia siguiente era el aniversario del Emperador, y que S. M. le convidaba con toda su comitiva á asistir á la Corte. El Embaxador salió de su posada á las dos de la mañana para ir al palacio Imperial, que hallamos lleno de Mandarines de todas clases. Esperamos por muchas horas al Emperador, quando la postracion de los Mandarines nos anunció su venida. Este Príncipe venia sentado en un palanquin descubierto, llevado por veinte Mandarines de la primera clase.

Á no ser por esta circunstancia no le hubieramos distinguido de un Mandarin, porque no llevaba ninguna insignia, y su traje era semejante en todo á los de sus Grandes principales. Esta sencillez exterior es efecto de la sabia política de este reynado, pues una de las máximas principales de este Emperador es desterrar de sus estados todo luxo, y fomentar la economía. Por esta mis-

ma razon ha suprimido en la parte menos floreciente del Imperio toda especie de regocijos públicos en los dias de su cumpleaños.

El Emperador cumplia este dia ochenta y cinco años, y cincuenta y siete de reynado. Aunque su aspecto era serio, toda su fisonomía anunciaba la mayor dulzura, y tenia unos modales y un ayre tan desembarazado, que mostraban no tanto la elevacion de su dignidad como la superioridad natural de su carácter.

Al dia siguiente el Embaxador con una corta comitiva fué á palacio para tener la audiencia de despedida del Emperador, por estar ya para concluirse el término señalado para nuestra estancia. Al mismo tiempo el Embaxador se propuso concluir sus negociaciones. He aquí lo que pudimos saber acerca de esta conferencia.

Desde luego el Emperador rehusó firmar y aun hacer un tratado por escrito con la Corte de Inglaterra, por no derogar los usos antiguos y las leyes constitucionales del Imperio, y afirmó que obraria igualmente con qualquiera otra nacion. Aseguró despues, que hacia la mayor estimacion de S. M. Británica, y de la Nacion: que estaba muy dispuesto á concedernos privilegios mas extensos, que á las demas Potencias de Europa, cuyos vasallos comerciaban con los su-

yos, y aun estaba pronto á sancionar el nuevo arreglo relativo á los derechos que habian de pagar los navíos Ingleses de arribada á Canton, artículo que parecia formaba el principal objeto de las negociaciones. Pero al mismo tiempo declaró, que le eran muy preciosos los intereses de su pueblo, para que quisiese sacrificar ninguno de ellos, y que por consiguiente no se prestaría á cosa alguna que pudiese perjudicarles: que jamás se detendría en negar sus favores á qualquiera nacion extranjera, luego que advirtiese que se oponian en la menor cosa al bien de sus vasallos, y que por consiguiente el comercio Inglés debia cuidar mucho de portarse de tal suerte, que no se hiciesen acreedores á perder las ventajas que su corazon le inducia á concederlos con preferencia á las demas naciones que comercian en la China. Concluyó diciendo, que segun su opinion y lo que le dictaba su conciencia, no creia necesaria una escritura ni una firma de su mano para asegurar el cumplimiento de su palabra.

Para probar al mismo tiempo su grande estimacion al Rey de la Gran Bretaña, entregó con su propia mano al Embaxador una caja de gran valor, en donde se guardaban los retratos en miniatura de todos los Emperadores sus predecesores, cada uno de los quales tenia una inscripcion en verso por el

nismo Emperador, en la qual se especifican los principales sucesos de su reynado, y una regla de conducta para el Príncipe heredero. El Emperador al entregar este regalo al Embaxador, le dixo estas palabras.

„Entregad en mano propia á vuestro Rey esta caja, y decidle, que aunque este regalo le parezca de poco valor, es en mi estimacion el mas precioso que puedo enviarle, y la alhaja mas estimada para mí de todo mi Imperio. Me ha sido transmitido de mano en mano por mis innumerables predecesores: yo reservaba esta última prenda de mi amor para mi hijo y sucesor, como que incluye tantos testimonios de las virtudes de sus antepasados, que no tendria que hacer mas que consultarlos, y no dudo que lo hubiera hecho para imbuirse en su sabiduría y prudencia, asemejándose á ellos, y haciendo consistir toda la felicidad de su vida en el aumento de la prosperidad de su pueblo, y en la conservacion de la gloria del trono Imperial.”

Tal fue el discurso del Emperador, que el Intérprete Mr. Plumb traduxo en Ingles, y lo entregó al Embaxador, causando á éste y á todos los que componian la embaxada la mayor admiracion.

Por la tarde se dispusieron varios espectáculos en el palacio Imperial en honor

del Embaxador. Para este efecto habian erigido un teatro en un patio interior del palacio, adornado de enorme cantidad de cintas y vanderas de todos colores, é iluminado con buen gusto y magnificencia. El espectáculo consistia en representaciones de batallas y evoluciones militares, en saltos difíciles y peligrosos, y en danzar sobre la cuerda floxa ó tirante. Estos volatines Chinos me parecieron muy superiores á los nuestros en la agilidad, destreza, y principalmente en el arte de los equilibrios. Con un movimiento imperceptible de las junturas de sus brazos y piernas parecian que daban á unos vasos llenos de agua una facultad motriz, por medio de la qual se ponian progresivamente en equilibrio, pasaban y volvian á pasar sin derramarse de una parte del cuerpo del actor á otra con una apuñez tan extraordinaria, que apenas podia yo dar crédito á mis propios ojos.

El espectáculo se terminó con juegos de manos, que me asombraron aun mas que los volatines, de los quales solo citaré uno. El jugador presentó al concurso una gran vacía de cobre, y despues de haberla dado muchas vueltas, para que la viesen bien por dentro y fuera, la puso en tierra boca abajo. Levantándola inmediatamente salió un conejo muy grande, que corrió á esconderse entre los espectadores. No pude comprehen-

Por como se hizo esto, porque no habia comunicacion alguna por donde este animal pudiese introducirse debaxo del recipiente; el suelo estaba cubierto de esteras, y en la suposicion de que hubiese algun conducto por debaxo, no podia ocultarse á gran parte de los espectadores que se hallaban muy cerca del lugar de la escena. Los demas juegos de manos eran no ménos curiosos, y durante todo este tiempo no cesó de tocar la música.

En las muchas y diferentes visitas que varios Mandarines hicieron al Embaxador, no observamos la menor variacion en sus vestidos, lo qual prueba que en la China no se conocen las modas. El trage de Corte de los Mandarines se distingue muy poco del ordinario que usan en sus casas. Consiste en una bata que les llega hasta la mitad de la pierna, y la atan al cuello con cintas: sobre la parte que les cubre el pecho llevan un bordado de unas seis pulgadas en quadro, de oro ó seda, segun la clase del Mandarin.

No debo omitir aquí un hecho, que á mi juicio nos desacreditó en el concepto de los Chinos, y fue efecto de las facultades que se habian dado al Lord Macartney para tratar y castigar á todas las personas de la embaxada con el rigor de las leyes militares. Un simple soldado de la guardia del Em-

baxador fue denunciado por haber comprado á un soldado Chino una corta cantidad de *samichoo*, que es un licor espirituoso, contra las órdenes del Embaxador, que tenia mandado no se comprase ni vendiese nada á los Chinos. Condenaron al pobre soldado á baquetas, y éstas se le dieron con mas rigor de lo ordinario, atándole á una de las columnas del gran pórtico del palacio en que estabamos alojados, en presencia de un concurso muy numeroso de Chinos. Los Mandarines y el pueblo no pudieron reprimirse en manifestar todo el horror que les causó este castigo; uno de los Mandarines que hablaba nuestra lengua, gritó con indignacion: ¡ah Ingleses, excesivamente crueles, excesivamente malvados! y sin duda fue el intérprete de la opinion de todos sus compañeros.

Sir Gower cometió un exceso aun mas grave, como me contaron quando volví á bordo del Leon, y este hecho es público entre toda la tripulacion de este navío. Hallandose éste anclado delante de la Isla de Chusan, en el mar amarillo, un Chino de Chusan subió á bordo, llevando consigo una botella de *Samtchoo*, que es una especie de aguardiente, para trocarla por alguna mercadería de Europa. Sir Gower le hizo prender, y le condenó á baquetas, dadas por mano del cómitre: por desgracia, y para

agravar mas nuestro insulto, se las hizo dar en presencia de gran número de Chinos que se hallaban á bordo. Este acto, junto con el antecedente, bastaba para que los Chinos nos mirasen con horror; y no es extraño que la embaxada no haya surtido el efecto á que se dirigia.

Al dia siguiente se nos intimó la orden de volvernos á Pekin inmediatamente, donde se daria la última mano á las negociaciones; y en efecto partimos de Jehol al otro dia por la mañana, despues de catorce dias de una especie de cautiverio.

A pocos dias de nuestra llegada á Pekin, volvió tambien el Emperador á esta capital, y dió otra audiencia á nuestro Embaxador, de la qual nada pudimos saber. Un Mandarín traxo orden de que se llevasen al palacio de *Teumen-manyeumen* los regalos que habiamos traído de Inglaterra, y el mismo Emperador fue á examinarlos. No sabemos que impresion le causaron: solo vimos que rehusaron recibir dos cámaras obscuras, como mas propias para divertir á niños, que para servir de instruccion á hombres sábios. No quisieron que fuesen nuestros artilleros á hacer la prueba de los cañones y morteros que llevabamos de regalo, porque los Chinos tienen la necia presuncion de ser muy hábiles en esta parte. Todos los instrumentos de óptica, matemática &c. fueron trans-

portados al palacio Imperial, y en el ensayo que los Mandarines quisieron hacer de ellos, muchos no produxeron el efecto que se les habia anunciado; otros no hicieron en los Filósofos Chinos la impresion que se esperaba, lo qual no dexamos de atribuir á su ignorancia y mal gusto.

El Emperador envió gran cantidad de regalos para S. M. Británica, acompañados de otros para el Embaxador, y su comitiva, los quales se repartieron entre todos.

Este mismo dia se esparció la noticia de que nos mandaban salir de Pekin, á lo qual no quisimos dar ningun crédito, por lo muy inverosimil que nos parecia; pero al dia siguiente la confirmó una orden del Embaxador, en que se nos mandaba prepararnos para marchar dentro de dos dias. La sorpresa que nos causó esta gran novedad fue igual á la mortificacion de vernos precisados á nuevas fatigas, y á la humillacion de habernos de someter á una orden Británica, que descomponia de un golpe nuestras ideas y esperanzas de lograr el fruto de nuestros trabajos. Sobre todo nos causó el mayor sentimiento el agravio hecho á nuestra nacion en el rompimiento de una negociacion emprendida y proseguida con tantas fatigas y peligros, que habia costado sumas inmensas, de cuyo suceso se prometia la Inglaterra las mayores ventajas para la

extension de su comercio. Pero el mal era irreparable: solo tratamos de diferir nuestra partida, á fin de tener tiempo de prepararnos para salir de Pekin de un modo que no pareciese saliamos desterrados.

Encargóse, pues, al Mandarin que nos habia acompañado desde que entramos en la China, representáse al *Chulaa*, ó primer Ministro, que nos era imposible marchar el dia señalado, por no haber tiempo suficiente para empaquetar nuestros equipages. El Mandarin se apresuró á executar su comision, y nos traxo el permiso del *Chulaa* para dilatar nuestra partida dos dias mas, término que le parecia suficiente para nuestros preparativos. Nuestro contento fue de corta duracion, pues al dia siguiente el mismo Mandarin nos traxo la revocacion de esta orden de parte del mismo Emperador, mandando expresamente que al dia siguiente marchásemos sin la menor dilacion. Esta contraorden nos causó la mayor confusion y abatimiento.

Los Chinos que freqüentaban nuestra posada, nos refirieron, que el Emperador considerando como concluida la negociacion, habia estrañado que el Embaxador Inglés en vez de apresurarse á volver á su patria, preténdiese hacer una mansion dilatada en Pekin, segun anunciaban sus preparativos de adornar la casa: que S. M. Im-

El Emperador habia concebido los mayores recelos del gran número de enfermos de nuestra comitiva, temiendo no se difundiese el contagio entre sus vasallos: que en fin quando se hizo la prueba de los morteros en su presencia, quedó muy admirado de la invencion de estos instrumentos de muerte, pero que no pudo dexar de manifestar la aversion que le inspiraban contra la nacion que hacia uso de ellos. Algunos Chinos nos dixeron, que un Mandarin Tártaro habia logrado alucinar al Emperador, representando á los Ingleses como una nacion bárbara, inhumana, y muy ajena de las qualidades amables que afectaba; y que en virtud de estos informes se habia dado la órden de arrojarnos tan precipitadamente de Pekin.

Otras varias causas nos refirieron acerca de esta novedad, pero la razon alegada por el Ministerio Chino fué, que era preciso acelerar nuestra partida, porque se acercaba el invierno, y helandose los rios, seria muy dificil y penoso nuestro viage á Canton atravesando las provincias del Norte. Qualquiera que fuese el motivo que tuvo el Gobierno Chino para dar esta providencia, sea que temiese que el proyecto propuesto por la Inglaterra perjudicase á sus vasallos, sea que tuviese alguna queja de las mismas personas de la Embaxada, lo cierto

to es, que el modo de hacernos salir de Pekin no pudo ser mas injurioso. En pocas palabras he aquí nuestra historia: entramos en Pekin como mendigos; permanecemos como prisioneros; y salimos como foragidos.

El Lord Macartney envió su carroza de regalo al gran *Chulaa*, el qual no quiso admitirla: en virtud de este desprecio la pedimos para empaquetarla, pero no se nos dió respuesta. Creímos que se habia perdido, ó que el Ministro se habia quedado con ella, pero despues la encontramos á la puerta de la parada en una de las ciudades adonde llegamos.

La prisa con que tuvimos que empaquetar todos nuestros muebles y efectos, nos precisó á estropear la mayor parte. Se repartieron algunos muebles entre los *Martines*, y todos los Chinos andaban á competencia sobre quien mas se habia de enriquecer con nuestros despojos. Lograron robarnos una gran cantidad de vino, y con el desorden, confusion y prisa no pudimos evitar sus rapiñas. En fin, á fuerza de mucho trabajo y fatigas logramos empaquetar lo ménos mal que nos fue posible los principales efectos, y nos pusimos en marcha el dia señalado.

No hay necesidad de especificar las circunstancias de nuestro viage hasta Canton,

por no fastidiar con una relacion monótona de descripciones de canales perfectamente contruidos y conservados, de ciudades muy bellas, de campos amenos y bien cultivados, que por todas partes presentaban las perspectivas mas encantadoras. Solo referiré algunas particularidades que me parecen dignas de atencion.

El modo mas comun de viajar por la China es por agua, por la gran comodidad que hay en aquellos barcos de poder llevar el viagero su cama y todo lo necesario para la vida, como si estuviese en su propia casa. Los Mandarines y todos los que llevan alguna comision de la Corte, prefieren siempre el viajar por agua: los jonques, ó barcos de que se sirven en estas ocasiones, están equipados y provistos a costa del Gobierno, y son del tamaño de un navio de linea. Los hay de tres especies, pero todos en extremo bellos y aseados: están pintados, dorados, adornados de figuras, y barnizados por dentro y fuera. Son planos y quadrados, excepto por la proa que es algo redonda: el patron del jonque tiene para sí y su familia un camarote, una cocina, y dos piezas grandes: la habitacion del Mandarin se compone de una antecámara, de otros tres quartos adornados con la mayor elegancia, y de un gabinete pequeño, muy sencillo.

Todas estas piezas están en un mismo puente barnizadas de blanco y roxo bellamente mezclados: los lados y el techo están adornados de esculturas, pinturas y dorados; el salón tiene ventanas á los lados, que pueden cerrarse en caso necesario; en vez de vidrieras tienen unas láminas muy sutiles de nacar, ó telas muy finas pintadas y dadas de barniz para aumentar su transparencia. El puente está rodeado de galerías, lo qual facilita á los marineros el pasar de una parte á otra sin incomodar á los pasajeros. Sus velas tienen la forma de un cuadrilongo y se plegan como un abanico, ocupando muy corto espacio: los Chinos pretenden que son mas propias que las nuestras, para cerrar el viento.

Entre los barcos que van con la comitiva de los Mandarines de primera clase, va uno que sirve de cocina, y de almacén de provisiones; otro vá lleno de soldados; otro pequeño y ligero puede considerarse como un aviso, porque vá delante para avisar que viene el Mandarin, á fin que esté todo dispuesto para recibirle. Además de las velas tienen remos estos barcos, y en caso necesario son tirados con cordeles por hombres que suministra el distrito. Un cuerpo de guardia, colocado de legua en legua á lo largo del canal, está encargado de hacer las señales. Quando se acerca el Man-

darin, los soldados se forman junto al canal, y mientras uno de ellos tremola una bandera, los demas presentan las armas. Por todos los puestos de guardia y ciudades por donde pasamos, nos hicieron repetidas salvas de artillería, de suerte que como estos cuerpos están tan inmediatos, nos aturdiran con tan repetido cañoneo.

Entre las varias producciones de la China las que me parecieron mas admirables, fueron el thé, el árbol del sebo, el de la cera, el del barniz, y el aloe. El aloe es un árbol muy diferente del que conocemos con este nombre en Europa: es de la altura y figura del olivo: contiene baxo su corteza tres especies de madera, una negra y compacta, llamada madera del águila; la segunda leve como madera podrida, llamada calembuc, y la tercera que llaman calemba, es en la india tan preciosa como el oro, porque es un cordial excelente para fortificar, y para la parálisis, y su fragancia es muy exquisita. Las hojas sirven de platos, y para cubrir las casas; sus fibras se hilan como el lino, y las espigas del árbol sirven para clavos, dardos y alesnas. Si se le arrancan los botones, destila de ellos un licor vinoso y azucarado, que se convierte en vinagre; y la madera de las ramas, que es buena para comer, tiene un gusto de cidra en dulce.

En todo el discurso de nuestro viage de

Pekin á Canton, caminamos siempre por agua, y en algunas jornadas que una jornada á pie para atravesar unas montañas. En todas las ciudades nos recibieron con salvas de artillería, y con iluminaciones tan varias y vistosas que jamas en Europa se ha visto cosa semejante, porque gran parte de la magnificencia de los Chinos consiste en las iluminaciones.

Voy ahora á referir algunas circunstancias sobre los usos y costumbres de los Chinos, segun me fueren ocurriendo. En primer lugar debo rectificar la especie que he leído en algunos viajeros en orden á los matrimonios de los Chinos. Dicen que el dia señalado para la boda, la novia es conducida en una silla cerrada, precedida y seguida de varias personas de ambos sexos, llevando la dote, y rodeándola con hachas encendidas, aunque sea de dia. En la boda que yo ví en Macao no habia nada de esto, sino el ser llevada la novia en un palanquin: precediala un coro de música, y rodeaban el palanquin muchos hombres con vanderas de varios colores. Esta comitiva se componia de parientes y amigos del novio y de la novia, que los acompañaron hasta la casa del novio, donde habian preparado un banquete, y pasaron todo el dia en fiestas y regocijo.

Lo que otros muchos Autores han afir-

mado acerca del encierro de las mugeres en la China, es igualmente falso. Bien puede ser que en un Imperio tan vasto no sean uniformes los usos en todas partes; y no es imposible que en algunas provincias los maridos tengan el privilegio ó la costumbre de disponer de la libertad de sus mugeres. Lo que yo puedo asegurar es que en general las mugeres gozan en la China de una libertad razonable, y que entre ellas y los hombres existe aquella dulce comunicacion que forma el mayor placer de las sociedades de Europa.

Un viagero afirma, que los asiaticos usan de todos los modos posibles a sus esclavos para que se casen entre sí, á fin de aumentar su número, porque los hijos siguen la misma condicion que sus padres. Este es un error muy grosero, porque en la China no se conoce la esclavitud: hay ley que prohibe á los Chinos conducirlos en sus embarcaciones, las quales no pueden emplear en hacer tráfico de hombres. Pretender que estos esclavos son introducidos en la China por los navios extranjeros, es no tener la menor idea del gobierno Chino. Si hubiese algunos esclavos en la China, habian de ser precisamente naturales del país; en virtud de las mas exactas averiguaciones que hice, repito con la mayor aseveracion, que á nadie se permite allí vivir en este estado de degradacion

Es verdad que se castiga á algunos reos con la pérdida de su libertad, segun la gravedad de sus delitos, y los emplean en los trabajos públicos mas penosos: ¿pero son acaso esclavos entre nosotros los que están condenados á galeras, y á otros trabajos de esta naturaleza? Respecto de estos reos se observa en la China una costumbre, que no se practica en Inglaterra, la qual consiste en alquilarlos á las personas que quieren servirse de ellos para algun trabajo; y como se les dá menos salario que á los obreros ordinarios, nunca falta quien los alquile. De aqui resulta una grande economia para el Gobierno, que no tiene necesidad de alimentarlos, sin perjudicar en nada á la satisfaccion que exigen las leyes en la persona de los delinquentes. Por consiguiente, la esclavitud verdadera, esto es, el poder que un hombre exerce sobre la libertad de otro, sea en virtud de compra, ó por derecho de herencia, como en nuestras posesiones de América, es enteramente desconocida en la China. Esto es tan cierto, que nos costó mucho trabajo y dificultad el hacer comprender á algunos Chinos lo que significaba esta palabra *esclavo*; y quando para darles una idea clara de la esclavitud, les expliqué el estado de un Negro, llamado Benjamin, que Sir Staunton habia comprado en Batavia, manifestaron el mayor horror. Esta conver-

sacion pasó en Jehol en la Tártaria. Pero en Canton, donde los Chinos tienen mas proporción para saber por el trato con los Europeos, lo que pasa en otros países, el pobre Benjamin dió motivo á algunas reflexiones, que creo causarán admiracion á mis lectores. Benjamin y yo estabamos en una tienda de los arrabales de Canton: algunos Chinos, para quienes un Negro era un objeto nuevo, me hicieron algunas preguntas sobre esta especie de hombres. El amo de la tienda, que hablaba algo el Inglés, no pudo ménos de manifestarme su admiracion de que una nacion como la que se emplease en un tráfico tan bárbaro. Yo le manifesté la intencion que tenia nuestro Parlamento de proscribirlo: he aquí la respuesta asombrosa que me dió aquel Chino. "Bien sé, dixo, que los Negros tienen un excelente amigo y protector zeloso en el buen Mandarin Wilberforce: sé tambien que todos los hombres honrados, así como los Negros, aman y reverencian á este hombre de bien, cuyas ideas ya hace tiempo que no se dirigen á otra cosa, que á mejorar la suerte de los esclavos, al mismo tiempo que vuestros propietarios de plantíos en América, y vuestros comerciantes quisieran eternizar la horrible condicion de estas infelices criaturas Africanas. Pero

»yo espero que Dios no lo permitirá.

No es cosa estraña que los Mandarines y comerciantes de Canton, que entienden algunas lenguas de Europa, tengan noticia de lo que pasa en Inglaterra, ya por la comunicacion continua con los extranjeros, ya por la lectura de los papeles públicos; pero no puede ménos de causar admiracion que se supiese en los arrabales de Canton la cuestión que se ha ventilado en el Parlamento de Inglaterra sobre el tratado de Negros. Este elogio hecho á Mr. Wilberforce por un mercader Chino en el centro del Asia es una figura de su constante esfuerzos á favor de los pobres Negros.

Los Chinos celebran muchas fiestas en el curso del año, y la principal es la de año nuevo: he aquí como observan los Chinos sus dias de fiesta ordinarios. Primeramente recogen todas las provisiones que pueden, y las colocan delante de un idolillo puesto sobre un altar, y oculto detras de una cortina. Estos altares cuya forma varía infinito, son innumerables en la China, pues no hay casa ni jonque donde no haya alguno. Despues de hacer tres reverencias al ídolo, retiran á un lado las provisiones, que consisten en pan, frutas, vino &c. y hecho esto, se arrodillan delante del ídolo, y oran con fervor por algunos minutos. Repiten infinitas postraciones, y levantándose derraman tres

copas de licores diferentes; echan despues en un brasero encendido para quemarlas, cierta porcion de pedacitos de papel dorado, sahumando con él sus provisiones, y vuelven á presentarlas al ídolo; despues de repetir las postraciones y reverencias, concluyen la funcion comiéndose toda la ofrenda, acompañándola con freqüentes libaciones de vinos y licores, que han calentado ántes en vasijas de cobre ó de estaño.

Es costumbre muy antigua hacer representar el dia primero de Marzo piezas dramaticas para la diversion de la clase inferiores del pueblo sobre los templos erigidos en las calles principales. Este espectáculo, que dura algunos dias, se hace á costa del Emperador, al qual colman de bendiciones.

En órden á los conocimientos de los Chinos en el arte de curar, no tengo mas prueba que un solo caso que presencié en la persona de Juan Stewart, criado del Capitan Mackinstosth, que al tiempo de nuestra partida de Jehol, fue acometido de disenteria. Su enfermedad hizo tales progresos en el camino, que quando llegamos á Vaunchoyeng perdimos toda esperanza de su vida. Ya fuese por instancias de alguno de la comitiva, ó á peticion del mismo enfermo, se llamó á un Médico Chino, y Mr. Plumb, el intérprete, le ex-

plicó en presencia de Sir Staunton la
tuación. El Médico, después
de haber estado observando por bas-
tante tiempo al doliente, le envió un medica-
mento que desde luego le calmó los dolo-
res, y últimamente le restableció del todo.

Los Chinos, en general, tienen la apa-
riencia de gozar de buena salud: es cosa
muy rara encontrar entre ellos personas
picadas de viruelas, y exceptuando Can-
ton y Macao, son desconocidas en la Chi-
na la mayor parte de las enfermedades,
que han causado estragos en Europa.

La única moneda que corre
en la China; las demas están prohibidas
absolutamente: esta es de un metal blan-
co, del tamaño de nuestros quartos de cal-
derilla, con un agujero cuadrado en medio,
por donde los ensartan en un cordón. Cier-
to número de *caxias* así ensartadas for-
man *canderenas* y *maces*, que son mone-
das imaginarias como nuestros ducados. No
se puede comparar el valor de la *caxia*
con ninguna de nuestras monedas, porque
no teniendo valor determinado, cada pro-
vincia tiene su *caxia* particular, que no
corre en las otras. Por exemplo, en la
Provincia de Pekin por un duro de Espa-
ña dan de quinientas á seiscientas *caxias*,
segun el peso del duro, del qual se in-
forman los Chinos con un pesito que lle-

consigo, casi lo mismo que los nue-
copa En la Provincia de Hoang-Tcheu, el
uuro vale de setecientas setecien-
tas y cincuenta *caxias*; y en otras partes
el cambio tiene aun mayores variaciones.

No puedo ménos de pagar mi tributo
de admiracion y respeto al sabio y benefi-
fico Emperador de la China, que desde
el trono que ocupa ya hace cerca de se-
senta años, no ha cesado, segun la voz
pública de todo su Imperio, de velar so-
bre la felicidad de tantos millones de al-
mas que viven sujetas á su mando, aumen-
tándola por todos los medios. Pa-
ra dar una idea de su justicia, no citaré
mas que un caso que nos contaron repe-
tidas veces en la China.

Un comerciante de la Ciudad de Nan-
kin habia adquirido por medio de su in-
dustria una hacienda considerable. El Virrey,
tentado de la codicia, formó la resolu-
cion de apropiársela, confiscándosela sin mas
pretexto, que el de haberla adquirido rá-
pidamente. Sabiéndolo el comerciante, cre-
yó evitar el golpe, repartiendo todos sus
bienes entre sus hijos, reduciéndose á vi-
vir á merced de ellos: pero nada ade-
lantó, porque el Virrey envió los hijos al
ejército, les confiscó sus bienes, y redu-
xo al padre á mendigar. En vano inten-
tó este infeliz ablandarle con sus lágrimas

y súplicas, pues se negó cruelmente a darle el menor socorro. En fin, el desesperante, reducido a la desesperacion, resolvió ir á echarse á los pies del Emperador para que le hiciese justicia, ó para morir.

Marchó á Pekin, pidiendo limosna por el camino, y despues de infinitos trabajos en este largo y penoso viage, llegó á la capital. Formó un memorial para el Emperador, exponiendo fielmente la injusticia que se le habia hecho. Pasó con él á uno de los patios exteriores del palacio por el qual se atraviesa el Emperador para ir al Consejo. Su empresa estuvo á pique de malograrse por lo pobre y roto de sus vestidos, pues los Mandarines que acompañaban al Emperador intentaron arrojarle de allí por fuerza: su fortuna fue que llamó la atención del Monarca el ruido que causó la resistencia del pobre hombre, que teniendo su memorial en la mano, se esforzaba á leerlo en alta voz. Al ver este papel, el Emperador mandó que se le traxesen á su palanquin, y despues de haberle leído, hizo señal al lacayo para que le siguiese.

Por casualidad, el Virrey de Nankin se hallaba en la Corte, y asistia al Consejo: el Emperador le hizo ver la querrela del infeliz á quien habia despojado,

preguntó si tenia qué decir en su
 u... ; pero él que no estaba lle-
 gase su delito á noticia del Príncipe, que-
 dó aturdido, y sin responder palabra. En-
 tonces el Emperador hizo al Consejo una
 relación puntual de la conducta del Virrey,
 y concluyó mandando que le traxesen su
 cabeza sobre una espada, lo que se exe-
 cutó al punto. El Soberano, dirigiendo la
 palabra al pobre anciano, que estaba pos-
 trado, lleno de asombro y de agradeci-
 cimiento: „Mira bien, le dixo, esta cabe-
 za ensangrentada, documento terrible de
 la venganza de las leyes, que yo te
 nombro Virrey de la Provincia de Nankin;
 pero cuida de que el exemplo de tu pre-
 decesor sea para una lección de probi-
 dad, justicia y moderacion.”

En el discurso de nuestra vuelta de Pe-
 kin á Canton observamos por todos los
 rios gran multitud de pescadores, que se
 sirven de varios medios para pescar: los
 mas son como entre nosotros, pero tienen
 algunos peculiares. Parece que la pesca for-
 ma un ramo de rentas en la China, así
 como en Inglaterra, y que allí se practi-
 ca esta prohibicion con el mismo rigor,
 que entre nosotros. Esto lo infiero por lo
 que nos dixeron sobre los pescadores que
 encontramos en el camino, pues nos ase-
 guraron que eran criados del Mandarin, y

que solamente éste, y los que le pagan un cierto tributo, tenían privilegio para pescar en aquella parte del río.

Los peces que vimos pescar en los ríos por donde pasamos, consistían principalmente en una especie de barbos, y en truchas de un gusto excelente. Estos ríos abundan tanto en peces, que á pesar del infinito número de pescadores, y de los innumerables jonques que se proveen abundantemente de ellos al paso, los primeros viven con mucha comodidad de esa ganancia. Las poblaciones van siempre provistas en abundancia de pescado, que es su principal alimento.

Los Chinos tienen otro modo de pescar, que es muy curioso, y quizá único de este país, el qual consiste en servirse de ciertos páxaros, peculiares de la China, que están adestrados para coger los peces debaxo del agua. No hay perro ni halcón que con tanta sagacidad busquen su presa por la tierra, ó por los ayres, como estos páxaros lo hacen en el agua. Llámase esta ave *loou*, que equivale á pescador, y nos dixeron que solo se hallaba en estos países que recorrimos. Son del tamaño de un ganso, tienen el color pardo, y el pico muy largo, encorbado en la extremidad. En su estado natural ó salvaje esta ave singular no presenta nada de extraor-

ario, y parece en todo semejante á las aves acuáticas. Anida entre los juncales de las riberas, en las hereduras de los peñascos, ó en los islotes de los rios. La facultad que tiene de sumergirse ó de permanecer fuera del agua, es igual á la que tienen las demas aves de su género; pero lo que la distingue es la sagacidad de su instinto, y la prontitud con que obedece á lo que su amo le manda.

El número de estas aves que se emplea en un barco de pescar, es proporcionado á su tamaño: apenas se les hace señal, vuelan rápidamente sobre el pez que descubren, y luego que le cogen, vuelven con la presa al barco, y aunque haya millares de barcos reunidos, jamas se equivocan en volar al de su amo. Quando hay abundancia de peces en el rio, estos sagaces pescadores llenan en muy poco tiempo el barco: y aseguran que jamas hacen presa de peces pequeños, sino quando no los encuentran grandes.

Dicen tambien, que quando el pez es muy grande y superior á las fuerzas de uno solo de estos axaros, los demas le ayudan. La multitud de tropas y cuerpos de guardia que encontramos por todo el camino, que parecían un cordon no interrumpido, hace muy probable el excesivo número de tropas que se dice mantiene el



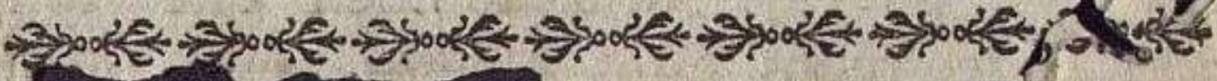
Emperador, el qual pasa de un millon. La mayor parte tenian cascos de azero, y a les daban un aspecto muy marcial, y se preparaban por la noche muy bellas iluminaciones.

Sobre los suplicios capitales me aseguraron por todas partes que eran muy raros en la China, y que solian pasarse muchos años sin que se verificase uno de ellos. Esto no es estraño en el caracter dulce y pacífico de los Chinos, mayormente estando ya tan habituados al buen orden y á la obediencia de las leyes. Pero son muy frecuentes los castigos de palos, los quales se aplican por qualquier falta ligera. El Mandarin que nos acompañó en todo nuestro viage, visitó por dos veces los jonques de nuestra comitiva, y en ambas ocasiones hizo dar de palos á algunos Capitanes por haberse descuidado en proveernos de víveres.

Hasta aquí la relacion de M. Anderson, en cuyo viage no he hallado otras cosas dignas de la atencion del público, que poder extractar, pues todo él se reduce á un diario estéril y monótono. Es verdad que la poca libertad de que gozaron los Ingleses en la China, no les permitia hacer observaciones más prolixas y exactas sobre las costumbres, caracter, leyes, gobierno y religion de este famoso Impe-

Ain. Lo que he insertado en este tomo
demanda de todos estos objetos, está funda-
do en la autoridad de los que han habla-
do de la China con mas crítica, y han
tenido todas las proporciones necesarias pa-
ra informarse individualmente de todas es-
tas circunstancias.

Fin del Tomo V.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE

TOMO V.

QUADERNO DÉCIMO TERCIO.

CARTA LV.

La China.

<i>D</i> escripcion de Macao.	Pág. 6
Ciudad de Canton.	9
Ciudades de la China.	13
Policía de estas Ciudades.	10
Historia de la China.	18
Tribunal Histórico.	26
Conquista de los Tártaros.	29

CARTA LVI.

Continuacion de la China.

<i>B</i> onzos de la China.	39
Castigos en la China.	39
Caminos y puentes.	48

ÍNDICE.

383

Estudios de los Letrados.	52
Educación de la Juventud.	60

CARTA LVII.

Continuacion de la China.

<i>L</i> iteratura de los Chinos.	62
Despotismo de los padres sobre sus hijos.	64
Representaciones teatrales.	71
Conocimientos en las Matemáticas.	73
Médicos Chinos.	80
Gobierno de la China.	84
Fiesta de los faros.	89

CARTA LVIII.

Continuacion de la China.

<i>V</i> iage de Canton á Pekin.	92
Porcelana de la China.	94
Arbol del sebo.	97
Arbol de la cera.	98
Ciudad de Nankin.	106
Religion de los Chinos.	110
Noticia de Confucio.	111
Introduccion del Christianismo.	121

Fin del Quaderno XIII.

QUADERNO DÉCIMOQUARTO.

CARTA LIX.

Continuacion de la China.

<i>F</i> unerales de los Chinos.	125
<i>C</i> asamientos de los Chinos.	135
<i>B</i> anquetes de los Chinos.	143
<i>C</i> eremonial de la China.	147
<i>F</i> ig. de la China.	153

CARTA LX.

Continuacion de la China.

<i>D</i> escripcion de Ho-Nan.	163
Provincia de Chen-Si.	165
Provincia de Se-Tchuen.	167
El ruibarbo.	168
Arbol del barniz.	170
Provincia de You-Nan.	172
Provincias de Quan-Si, y Hou-Quang.	173
Provincia de Fokien.	175
Arbol del thé.	177
El pez dorada.	181
Provincia de Tohe-Kiang.	183
Papel de la China.	185

CARTA LXI.

Continuacion de la China.

<i>Fisionomía de los Chinos.</i>	192
<i>Trages de los Chinos.</i>	195
<i>Caracter de los Chinos.</i>	200
<i>Avaricia é interes de los Chinos.</i>	203
<i>Fausto de los Mandarines</i>	209

CARTA LXII.

Continuacion de la China.

<i>Caminos de la China.</i>	215
<i>Páxaro pescador.</i>	221
<i>Palacio Imperial de Pekin.</i>	229
<i>Nombres de varios palacios</i>	232
<i>Edificios de Pekin.</i>	237
<i>Policía de Pekin.</i>	241

Fin del Quaderno XIV.

QUADERNO DÉCIMOQUINTO.

CARTA LXIII.

Continuacion de la China.

<i>F</i> orma de gobierno de la China.	245
Nobleza de la China.	253
Tribunales de Pekin.	256
Anécdota de Cang-Hy.	259
Injusticias toleradas	261
Gazeta de Pekin.	263
Mandarines.	264
Mandarines de guerra.	268
Tributos de la China.	272
Poblacion de la China.	274
Moneda de la China	276

CARTA LXIV.

Continuacion de la China.

<i>R</i> elacion de una embajada de Rusia á la China.	279
Audiencia del Emperador.	288
Espectáculos y fiestas de los Chinos.	293
Cacería del Emperador.	299
Noticias del Emperador Cang-Hy.	302

CARTA LXV.

Continuacion de la China.

<i>Imprentas en la China.</i>	306
<i>Reloxes en la China.</i>	308
<i>Libros de los Chinos.</i>	312
<i>El Gin-Seng.</i>	314
<i>Embaxadores de la Coréa.</i>	320

CARTA LXVI.

Formosa y otras islas adyacentes

<i>Islas de Le-Kieou.</i>	323
<i>Costumbres de estas islas.</i>	328
<i>Isla Formosa ó de Tai-Wan.</i>	332
<i>Usos y costumbres de estos Isleños.</i>	334
<i>Caracter de estos Isleños</i>	338
<i>Carta del Rey de Formosa al Emperador de la China.</i>	343
<i>Extracto del viage del Lord Macartney.</i>	349
<i>Llegada á Pekin.</i>	350
<i>Libertad de las mugeres de Pekin.</i>	ibid.
<i>Jesuitas Mandarines.</i>	352
<i>Viage á Jehol.</i>	ibid.
<i>Audiencia dada al Embaxador Inglés.</i>	353
<i>Discurso del Emperador.</i>	356
<i>Espectáculos de los Chinos.</i>	357
<i>Mala conducta de los Ingleses.</i>	358

Vuelta á Pekin.	360
Mandan salir precipitadamente á los In- gleses.	361
Motivos de esta órden.	362
Embarcaciones Chinas.	365
Algunos usos de los Chinos.	368
Prohibicion de la esclavitud en la China.	369
Fiestas de los Chinos.	372
Monedas de la China.	374
Anécdota de la justicia del Emperador. .	375
Modo de pescar de los Chinos.	377
Ave para pescar.	379
Multitud de tropas en la China.	ibid.
Suplicios capitales muy raros en la China.	380
Conclusion del viage de Mr. Anderson. .	ibid.

Fin del Tomo V.



Se hallará con los tomos anteriores, casa de Castillo, frente San Felipe el Real; y en el puesto de Cerro, calle de Alcalá.

Universidad de Valencia

Biblioteca General

Diar. Antig.

IV - 50

sus vasallos. En todos tiempos los Censores han dicho con noble fortaleza á los Emperadores lo que han creido mas conveniente

del Estado: los buenos Príncipes aprovechado de estos consejos; han despreciado, ó los han muerto. Pero entónces toda la estrado sentimiento por la desgenerosos defensores; y el resmanifestado á estos padres de dolor que ha mostrado por tantos, y los nombres gloriosos que los ha recompensado abundante su desgracia. De aqui es que estos ilustres Magistrados dar bas de su valor y grandeza ando lo exige el interés del respetan á Grandes ni Mandarinas favorecidos que sean del amor de la gloria y de su oblicen á todas las demas consiquando se trata de cumplir con

su oficio, no temen los destierros ni la muerte. Los Anales de la China nos ofrecen varios exemplos de esta heroycidad, de los quales no contaré mas que uno. Doce Mandarines resolvieron descubrir al Emperador Ti-Siang el odio que su crueldad habia inspirado en los Chinos: el que se encargó de esta comision, fué serrado por medio del cuerpo de orden del tirano: el segundo fue

R 2



Diaz, Antig.
IV 50